

CALMAS DE ENERO



César Antonio
Molina



Lectulandia

El libro de poemas como cuaderno de viaje, como evocación y descripción de grandes escenarios de la cultura europea, como reunión de los lugares de memoria y del arte, como itinerario que es también una lectura en curso, recorrido que es también búsqueda. *Calmas de enero* tiene mucho de eso, y en pos de la herencia de la cultura europea es también el dietario de los instantes en que el paisaje se funde con la memoria sentimental del poeta, con poemas suntuosos y otros íntimos, de versos amplios y otros breves y certeros. Tal vez la obra más aquilatada y fascinante de un escritor nómada.

César Antonio Molina

Calmas de enero

ePub r1.0
Titivillus 10.11.2021

César Antonio Molina, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*A mi madre, que se quedó dormida
en las calmas de enero*

¿Cuándo podré volver a casa?

Inscripción que el poeta chino SONG ZHIWEN
(660-712), se encontró en la pared de una
posada al norte de la sierra Dayu

*... Good Christ What is
a poet-if any exists?*

*A man
whose words will bite
their way home...*

[¡Por Dios!, ¿y qué es / un poeta: si es que aún queda / alguno?
// Un hombre cuyas palabras saben / abrirse camino / a casa...]

WILLIAM CARLOS WILLIAMS

ERA VERANO Y YO TENÍA UN BALCÓN EN MADRID

ERA verano y yo tenía un balcón en Madrid

techos altos
paredes antiguas
árboles caducos
viejas piedras
¡qué juventud!

el mundo extraño más allá del forjado

era verano y yo tenía un balcón en Madrid

nadie que se encuentre como en casa está en casa
¿para qué buscar constelaciones lejanas?

aquí el cielo era más bello
mientras Saturno velaba por los nacimientos

aquello que nos retiene es el lugar
lugar clemente
espejismo del reposo

¡un balcón!
¡qué espacio!

circunfesión
la tierra de nadie entre la calle
y la luna menguante

quien observa el viento no pasa
mientras todos los transeúntes parten
sin despedirse

.....

imagen móvil de la inmovilidad
lo desconocido familiar
la belleza desnuda

era verano y yo tenía un balcón en Madrid

cráteres en las cráteras
islas todas de espuma
sandalias olvidadas entre trisqueles

¿quién se asomará cuando esté ya
perdido?

allá en el interior del cielo inventamos la palabra
¡a
dios!

el que canta para sí mismo
el que canta álgebra

era verano y yo tenía un balcón en Madrid

taxímetros rotos
en claudio coello un atasco
sobre la arena de goya

sobre el sol y sombra de la barrera
y las astas en anhelo de hoz
mercedes y laureles

era verano y yo tenía un balcón en Madrid

¡qué lejos
el verano
el misterio!
en el penúltimo día del mes natal
¡levantad la vista!
cuando paséis
veréis volar ánsares y a mí
apoyado en el forjado contemplando

el desierto de la eternidad

PASOS MÁS ALLÁ EN DIRECCIÓN AL AVENTINO

ORILLAS del Tíber
puente Garibaldi
pasos más allá en dirección al Aventino
en el Lungotevere dei Cenci
la isla hospital la iglesia de San Bartolomé
la herencia del antiguo Asklepeion
la nave construida en sus rebordes con piedra travertina
un obelisco como palo mayor de la barca solar
en memoria del viaje del dios sanador
una serpiente enroscada alrededor de un bastón
la imagen del culto reposando sobre el secreto del templo
la boca de un manantial ahora seco brocal
nuestro paseo debe conducirnos hasta el enigma
lo enigmático es la curación en sí misma
lejos de las islas Cnidos y Cos lejos de Epidauro
quien hiere también cura
reptil dorado con alta cresta
colgado de una palmera en el atrio
la imitada palma de Delos en el puerto de Antium
en la isla flotante formada por las espigas de Ceres
junto a los campos de Marte
¡oh lugares antiguos, qué dueños tan distintos ahora os poseen!
dos mil trescientos años y aún acudimos a sanarnos
de la enfermedad de la vida: la propia existencia
puente Cestio puente Fabricio puente Rotto
desplomado varias veces
así nosotros atravesando abismos
con las estatuas de los Hermes cuadrifrontes siempre dispuestos
a transportar las almas
la cálida luz de la piel cubriendo un cuerpo frío

milagro en la desventura
en cada curación una epifanía
a través del dormir
a través del soñar
lenguas de perro lenguas serpentinas
enfermedades invisibles
dolores inagotables
exvotos colgados de los troncos de cipreses
orillas del Tíber
puente Garibaldi
pasos más allá
qué triste es caminar entre la gente
y simular que no se ha muerto
y confesar que aún no se ha vivido
¡se necesitan médicos y enfermeras!
leo en una información en *La Repubblica*
¿quién necesita poetas?
¿quién necesita pensamientos inútiles?
¡y si no hay cura dadme al menos una muerte honorable!
puente Cestio puente Fabricio puente Rotto y el Sublicio
desde el cual se ofrendaban al río muñecos de mimbre
con forma humana
¿esos monumentos cómo serán en el futuro?
dos mil trescientos años después de este paseo
¿y el río?
esos paisajes sin turismo
¡qué hermosos volverán a ser!
los lugares mueren aunque no lo sepan
aunque parezcan sobrevivirnos
¡curación y liberación!
la niebla pesaba sobre el Tíber
¡tantos espíritus en su vapor!
por el Tíber a contracorriente
tras las ventanas del Ospedale dei Fatebenefratelli
humeaba el Tíber
leteotíber
y aquella muchacha de bata blanca
que ha salido a la plaza a fumar

¿a cuántos logrará salvar utilizando sus libros sibilinos?
ácimos del lenguaje
he escrito tantos versos
ahora me cuesta subir todos estos escalones
la madurez debería arder al eclipsarse el día
pasos más allá puente Palatino
el gallo —el sol vuelve a salir— llega la luz
¡agradezcámoslo!
el sol surge la niebla despeja ya es pleno día
la puerta está abierta de par en par
la cortina rasgada
temer esto no sentir miedo de lo otro

senza fine

MIENTRAS EL KOŠAVA TIRA DE NOSOTROS

LA máquina no me identifica.
La azafata no me cree.
La policía está escamada con las gotas para mi oído sangrante.
Múnich se encuentra lejos, pero aún más Belgrado.
Sueño sueños torpes
mientras nos deslizamos sobre una estepa de nubes.
Poco peso entre tantos pensamientos sueltos.
Y el Košava tira, tira de nosotros
para llegar más pronto a donde se hinchan las velas
por el Danubio, por el Sava.
¿Cuándo podremos ser felices?
Comer cerezas y en su tiempo manzanas,
calentar las manos en los cartuchos de castañas,
caminar sobre un campo de nieve y el oscuro erizo
resistiendo al Košava que tira, tira de nosotros,
juega con los vestidos blancos de las novias bajo el sol de invierno.
Ellas me hacen señas desde los lentos meandros.
El río dulce, las aguas enteras como un estuche de cuchillos de nácar.
Sábanas blancas ondeando,
ropas limpias y frescas,
una especie de juventud con la que la vejez se viste.
¡Cuánta poesía moribunda en discursos sin mérito!
¡Calla ya, corazón, otras cosas más duras sufriste!
¡Atrévete tanto como puedas, no hay verdad cuando se trata del yo!
Un buen poema es oscuro, silencioso como una serpiente.
¿Cuándo podremos ser felices?
Aeropuerto Nikola Tesla, las madres entregando maletas
con recuerdos para sus hijas.
Habitación 407. Hotel Moskva. Calle Balkanska número 1.
Los turcos construyeron en el antiguo pantano,
en medio de la llanura desierta

en medio de la llanura desierta,
norias, *teraziye* las llamaron. Ahora queda una preciosa fuente
en memoria del príncipe Miloš, frente a las paradas
de autobuses y los kioscos.
El Danubio, el Sava. Entre ambas orillas la Ratno Ostrvo,
la isla de guerra entre otomanos y habsbúrgicos.
¿Cuándo podremos ser felices?
Si en las tumbas crecen flores entonces esos sí lo son.
Los de una orilla, los de la otra, quienes siempre estamos en medio.
Bajo las velas de mis versos todos navegan
por los largos ríos, por los afluentes hasta los deltas.
Y yo ¿dónde estaré nadando?
En el Sava. En el Danubio. En el Drina.
Bajo el mar rizado, bajo el rizado vello.
Los poetas no tienen rostro solo voz es su rostro.
Dulce de espinas en los picos de palomas celosas.
El hombre de inteligencia ama las corrientes.
El hombre de corazón se complace en las alturas.
¿A cuál de los dos pertenezco?
¿Por qué siempre hay que elegir?
El pedazo de hielo en la copa de vino.
El pedazo de hielo bajo la almohada.
¿Cuándo podremos ser felices?
Las calles cambian de nombre más rápidamente
que las generaciones.
El bulevar del rey Aleksandar era el camino a Constantinopla, a
Estambul,
luego fue la calle de los cañones dorados,
la calle de Marko,
la calle del cinturón de los cartuchos de pólvora,
la calle del rey Aleksandar Obrenović,
el bulevar de la liberación, el bulevar de la revolución,
el bulevar del rey Aleksandar, finalmente, por ahora.
Todos los recorrí. Todos estaban cubiertos con las losas
de tumbas otomanas, ortodoxas, judías, católicas.
Todas eran tumbas nuestras.
¿Cuándo podremos ser felices?
En la calle Mihailova tomo chocolate en el Ruski Car.

En Zemun comemos en el Reka a orillas del Danubio.
Unos músicos tocan tangos como si almorzáramos en el Río de la Plata.

A las tres en punto de la tarde ya es de noche
y apenas hemos comenzado el día.
Entre el Danubio y la ribera del Sava
la Torre Sahat vigilando,
la Torre Nebojsa tensando los nervios.

Entro en la iglesia del arcángel San Gavriilo, en la calle Humska,
entro en la iglesia del arcángel Mihail, en la calle Markovica,
los frescos están desconchados y mis brazos abiertos
sostienen las alas en su caída.

Toda filosofía comienza cuando quien filosofa lo hace sobre sí mismo.

Todo poema comienza cuando el autor lo desconoce.
Todo es materia creadora.

En la Casa del reloj de Sol, en la calle Dubrovačka,
los números están descolgados.

En el palacio Icko, esquina de Bezanijska con Svetosavska,
hay un salón *Lepote*, un salón de belleza.

¿La belleza no es una forma de resplandor?
Pero la muchacha que viene a atenderme apaga las luces
y cuelga el cartel de cerrado.

No hay amor feliz, ni felicidad sin amor.

Y el de esta joven, dibujando el camino del deseo, se agota
en el otro que la espera fumando del lado de Svetosavska.

En ese horizonte ¿una vida por vivir?
Nosotros ya no tenemos cabida.

Lo que no poseemos es lo que no somos.

Aquello de lo que no he escrito no lo he visto.

Hotel Moskva habitación 407. Corro las cortinas.

Un jardín en primer plano, luego otros hasta el Danubio, hasta el Sava.

La armonía del conjunto trasciende a la del espíritu.
Es importante cultivarlo en silencio.

La música, como la poesía, es un arte no significativo.

Las notas borran de la tierra todo cansancio.

¡Oh extranjeros! ¿Quiénes sois?

¿Por qué no entiendo vuestras lenguas?
¿Cuándo podremos ser felices?
Y el Košava tira, tira de nosotros.
Todo hombre de pie no es más que un soplo.
Vuelvan atrás las fuentes,
los ríos atrás demasiado tiempo fluyendo.
Junto al Sava, junto al Danubio, junto al Drina
¡todos secos! Y entonces nos sentaremos y lloraremos
acordándonos de los antiguos caudales.

ISLAS EN LA BAHÍA DE KOTOR

REMAMOS con palas de sauce
contra la mar en calma,
y hundimos nuestras viejas barcas
cargadas de piedras
en el santuario votivo.
Campanas echadas al vuelo,
salvas, hélices, noráis,
veleros de Perast
cortando camelias con sus proas.
Troneras, puertas de bronce y,
en la cúpula interior de la iglesia,
los santos, los profetas, las sibilas
y San Jerónimo, encorvado sobre su curvo fresco,
pensando en las muchachas romanas,
o en las más cercanas de Kotor.
El amor es un dolor que nunca se aplaca.
Exvotos, nudos marinos y el dios Hipnos
ayudándome a descubrirte en mil formas
ocultada. Solo engañarnos nos da la vida.
Azul añil de las aguas, pleno sol resplandeciente,
los cipreses saltando las tapias de la otra isla,
el blanco metálico de las montañas en sus picos,
y ninguna nube de nostalgia o melancolía.
Lo bello es lo que se puede contemplar
sin tiempo. Lo bello supone un atractivo carnal
distante y lleva aparejado una renuncia.
La más íntima, la de la imaginación.
Isla de San Jorge, isla de Nuestra Señora de la Roca.
Remamos con palas de sauce
contra la mar en calma,
y hundimos nuestras viejas barcas
cargadas con los troques de nuestras viejas ruinas

cargadas con los tesoros de nuestras propias ruinas.
Lapidarios, boyas y la media luna
para el duro bogar de la larga noche.
Y en el día de la resurrección enseñaré
tus ojos entre las llagas de mis manos.

En la bahía de Kotor, en la República de Montenegro, están las islas de San Jorge y de Nuestra Señora de la Roca. A la primera también se la conoce como la Isla de los muertos. Aquí están enterrados los amantes Ante Slovic y Katica Kalfic.

EN EL DRINA UN PUENTE

LA vida es un milagro.
Se va gastando, pero se mantiene firme
como el puente sobre el Drina.
Pasan las aguas, pasa la vida
bajo los once ojos clepsidras.
Las sombras sólidas delimitan lo que fluye.
¿En qué noche se hallará envuelto
nuestro día?
La esperanza siempre está en la otra orilla.
Puente de piedra descansando como una esfinge.
Puente de piedra dormido como una amada
(«no la despertéis, no la develéis hasta que le plazca»).

Puente de piedra. Lo ve, lo escucha, lo calla todo.
¡Cuántos lo atravesamos sin estar
a la altura de sus ambiciones!
Alegres en la tristeza,
tristes en la alegría.
Y el tiempo se desperdiga entre las aguas caudalosas
antes, incluso, de que advenga.
Por primera vez mi rostro reflejado sobre el Drina
como un aura leve. Y tantos que creyeron tener allí un lugar fijo.
Los antiguos canteros, tan sabios como los filósofos,
esculpieron recuerdos inmóviles en los rápidos.
Las hierbas de la lamentación no crecen aquí.
El agua salobre no discurre por aquí.
De lo alto de las colinas caen al tajo
volcadas copas vacías.
Y tanto deseo imposible destruye su objeto.
Y tanta muerte buscada, sin saber que siempre
viene sola. El orbe sostenido por este puente.
Tres veces volaron de mis brazos semejantes a un sueño

Tres veces volaron de mis brazos semejantes a un sueño.
Tres veces tendí mis brazos sobre un soplo de brisa.
Tres veces porfié en el vacío errante.
Y aún la gracia que habían poseído esos cuerpos
brillaba por encima de sus almas.
Miré detrás de mí: allí estaban los once ojos del cíclope.
El Drina, el puente y la inevitable soledad
para reconocer la ausencia de quienes quisimos.
Mientras, el río pasa, el río nace y desemboca
en uno mismo. Sócrates, antes que la muerte
lo curase de la enfermedad de la vida,
se bañó para no dar trabajo a las mujeres.
¿En este río? También todas las aguas son las
del Drina. El puente de piedra y el río amenazados,
pues lo bello es arduo de mantener y conservar.
La pequeña ventana de mi habitación lo enmarca todo.
Asomado doy fe de su existencia: el río bajo los ojos
del puente de piedra indiferente a la mía,
a la de todos en todas las épocas.
¿Cuántas piedras originales quedarán?
Y, sin embargo, tanto el puente como el río
son los mismos. ¿Escribimos sobre lo que permanece,
o lo que permanece conserva nuestros escritos?
El río va por donde lo lleva el corazón.
El Drina me dice que me vaya por donde
me lleve el corazón. El río, el puente de piedra
y yo, el más mortal de los tres.
Faltan palabras cuando sobra dolor.
Sobra dolor cuando faltan palabras.
La vida es un milagro. Se va gastando,
pero se mantiene firme
como el puente sobre el Drina.
Puente de piedra descansando como una esfinge.
Puente de piedra dormido como una amada.

La esperanza siempre está en la otra orilla.

EN LA PLAZA SAAD ZAGHLOUL EL VACÍO ME CERCÓ

INCLUSO en la plaza Saad Zaghloul el vacío me cercó
donde solo esta muchacha queda con las palomas
en medio de un desorden de columnas y capiteles sumergidos
bajo las antiguas balizas oxidadas.
Soy un nómada en las estepas y desiertos metropolitanos,
y me ablanda el letargo azul de la Cornisa.
Te persiguen aquellas ciudades por donde has ido
desparramando en vivo tus cenizas.
Uno no muere de repente, agoniza por los caminos,
se va desescamando.
Y nuestra vida, poco más que el recuerdo
de una novela leída en el pasado.
Somos personajes secundarios de nuestras lecturas.
¡Cuánta melancolía borealis!
La ciudad despertando como tortuga vieja
y los nombres de puertos y aeropuertos
cuando no se tiene parte alguna adonde ir,
o ya se ha ido a todas partes y en todas ellas
las reliquias de uno mismo se venden como recuerdos.
En el sonámbulo vestíbulo del Hotel Cecil
nos sentamos a esperar.
¡Balcones de los hoteles, balcones!
Cuántas gentes asomadas.
Busco algo que distraiga mis pensamientos,
un movimiento insignificante
de las olas, de las gaviotas, de algún transeúnte
que se atreve a cruzar la calle.
Todos jugamos en la vida para perder.
Los jardineros sustituyen las palmeras muertas
que el Khamsin azotó.
¿Cuántos intrusos de Occidente yacen aquí?
Todo patriota odia a su país.

Nubes perladas, la ciudad aún dormitando.
Somos responsables de cuanto soñamos.
El hombre que se dispone a partir
extiende una mirada nueva
sobre las cosas que lo rodean.
Aún permanece ahí pero ya no está,
adopta una perspectiva de huida.
Sé de lo que huyo, pero no lo que busco.
Cada cual anda escapando de sí mismo,
hasta que me encuentro al otro
en la estación Ramleh, en el café Trianon,
en el Anthineos o en el Pastroudis.
Entro en la tienda de antigüedades
de Themistocles Sofianopoulo
y veo un busto semejante a mí y
escucho una voz que me suena
desde una vieja radio.
En un grafiti de rasgos femeninos, en griego clásico,
leo lo mismo que leí
en las ciudades de Cartagena, Budapest o Bagdad:
«Quienquiera... Hablan lo que quieren.
¡Que hablen! A ti no te importa... te
es provechoso lo mismo. ¡Tú ámame!
Te es provechoso».
¡Qué difícil resucitar a los muertos!
¡Qué difícil resucitarse a uno mismo!
A ti y al otro del que huyes
por las catacumbas de Kom el Shogafa.
Santos son los lugares de los que nadie ha regresado.
Cada uno anda escapado de sí mismo
hasta que al otro te lo encuentras
bajo la columna de Pompeyo,
y tú te escapas y él te llama desesperadamente,
y tú te detienes y es como
si te miraras en un espejo,
tan viejo, tan canoso como tú,
tan quejoso, tu misma voz
que te suena distinta en la voz del otro.
Dondequiera que vayas
la ciudad de la que te alejas te seguirá.

«La ficción que yo soy», me dijo un
filósofo en Hipona. *Filosofías flotantes*
(no citar a los filósofos separados de su contexto y, peor aún, de su
lengua original, lo que dicen ya no tiene el mismo sentido y, a
veces, no tiene ninguno).
Huesos y carne abandonados
donde comienza el desierto.
¿Quién los enterrará?
¡El uno o el otro!
¡Qué importarán nuestras inquietudes
en el tiempo futuro!
cuando estemos mirando al horizonte
perpetuo desde Pharos.
¿Qué pensamiento pensará sin saber
que no es de él ni de nadie?
Ruinas sobre los restos de las ruinas,
como palabras sobre los restos de las letras
estercoladas.
Los obreros se afanan por alzar de nuevo las columnas
sin reparar en que su belleza reside, precisamente, en el desorden.
Incluso en la plaza de Saad Zaghloul el vacío me cercó.
Pasado el medio siglo, dondequiera
que mire, allí estuve.
Y el sabor del miedo se hace cada vez más dulce,
empalagoso,
como nata sin colar.
Incluso en el balcón del Hotel Cecil
el vacío me cercó.
En todo lo alto el Sol,
y mi figura marcando una sombra.
Sobre el cuadrante de mi memoria
solo permanecerán estas horas fugitivas.

Plaza de Alejandría.

COMPRA NON PENSARE

ESTAS nubes siempre amenazantes como un perpetuo baldaquino.
En la vía Fiori Oscuri los descendientes de Cesari Crespi
copian, en escayola, famosas obras de arte
o reproducen los calcos de los últimos rostros moribundos.
Llueve y escampa como se sube o se baja de los tranvías.
¡Ah!, si ellos conocieran el secreto de adónde nos gustaría ir.
Solo, en el camino sin fin, estás tú en tu realeza inconquistable.
Sé quién eres, pero no recuerdo tu nombre.
El viaje de las palabras por las cosas podría llamarse tiempo.
Las mismas cosas nos matan diariamente con lentitud.
Fleur ha escrito su única línea del día y abandona el cuaderno.
Se arregla. Coge el ascensor. Sale a la calle y comienza la ronda
diaria
siguiendo imperturbable el mismo camino circular que un preso.
Cuando se cruza con turistas se considera una más
pues, como ellos, solo desea volver al hogar.
Un viajero puede incluso no querer regresar y quedarse.
Ella sobrevive al océano de miradas que es la vida:
un trampantojo como el de Santa Maria presso San Satiro.
Bramante creó una perspectiva con un juego
de arcos y cielorrasos de casetones. Una ilusión óptica.
¡Ah!, el deseo de estar presente en varias épocas, en países lejanos.
¡Ah!, el deseo de atravesar esa trampa y formar parte de ella.
La pequeña iglesia ha quedado retranqueada.
Parece como si deseara pasar desapercibida.
En el atrio hay un puesto de flores.
El vendedor se empeña en adivinar el horizonte de unos muslos.
El auténtico significado de las cosas es el dolor.
Entre el dolor y el significado se sitúa el recuerdo.
Una herida que se convierte en huella memorable.
Salgo a la vía Torino. En cada número una tienda de ropa.
Sobre la fachada de una marca famosa alguien ha escrito

en capitulares: *Compra non pensare.*

Siento compasión por todos esos seres en bandada,
angustiados, y deseo rescatarlos del sufrimiento.

Pero no solo no se dejan, sino que airados me rechazan.

¿Siento compasión de ellos o de mí mismo?

Be yourself

Sé quién eres

Just do it

Sé original

Todas las calles del mundo quieren competir con

Oxford Street, la Quinta Avenida o los Campos Elíseos.

¡Pero si aquí tienen a Buonarroti, Mantegna o Leonardo!

Los mantos de la *Última cena* son casi todos de color azul
y están llenos de pliegues.

Quizás las telas picaban y resultaban incluso más ásperas
que el propio lienzo de la pared.

Sobre la mesa, numerosos panes y cuencos.

¿Pero dónde el cáliz?

La Piedad Rondanini yace desnuda. A la madre le devuelven
el hijo muerto, tal cual vino al mundo.

La sábana que cubre al Cristo de Andrea
se agita de dolor

en oleadas. Me muevo entre eternidades.

Con una moneda una muchacha de color rasca la suerte
en una tarjeta sorpresa.

Quien en la juventud deseó descubrir un tesoro
y no lo consiguió, entonces, no encontrará
jamás ese enigma de sus deseos.

Entro en una zapatería de mujeres

y me pongo a elegir talones bonitos, suaves plantas y uñas bien
pintadas.

La amada imaginaria presta encantamiento al local donde se
prueban objetos que luego amablemente se rechazan.

Caminante, camino y meta se hacen uno en el viaje del amor.

También la virginidad tiene sus noches de boda.

El viaje es afín al erotismo.

Los negocios lo han sido siempre al ocio.

La poesía cuenta ingenuas mentiras (hay excepciones como la
presente),

pero la verdad se reduce, a pesar de todas las añagazas, al destino.

El nuestro propio. Todo se crea para combatir esa angustia.
No hay pensamiento por razón de sí mismo.
Para las dependientas soy un extraño, un mirón, pero nada más
exótico
que el baldaquino de la aurora boreal.
Me dejan entrar, pasear, sentarme, me contemplan, coquetean
conmigo,
yo las halago susurrándoles que las diosas de la belleza
hoy solo habitan estos únicos y selectos templos.
¡Qué sueño tan perseguido desde siglos poder vivir un día, incluso
una hora,
en aquel tiempo de Helena!
¡Y ya no hablar más de Troya!
(leí hasta la mitad la lista de las naves).
¡Poder recorrer las antiguas calles, entrar en las casas y dormir en su
alcoba!
Un viaje epicúreo hacia atrás en el tiempo.
Contra la muerte, antes del propio nacimiento.
Algo de perenne hay en estos rostros de muchachas que cruzan los
brazos
y los ocultan, semejantes a la Venus de Milo. La novedad de sus
gestos
las hace importantes, pero lo que viene de antiguo las convierte en
más valiosas.
En sus frescos semblantes hay alegorías de la transitoriedad
sobre la cual la eternidad se posa.
Bajo las columnas de San Lorenzo me siento protegido.
Dieciséis columnas marmóreas estriadas con capiteles corintios,
recuperadas de un templo romano. Forman la fachada
de un claustro al aire libre con fuente de agua lustral
de la Basílica. La ruina como forma de paso
por el mundo del último día. ¿Qué significa que lo conservado
entre lo desaparecido cause el efecto de ser ahora,
por primera vez, cuando ofrece su última belleza?
Pasan tranvías por el estrecho margen que resta entre el pasado
y el presente. La antigüedad es asimismo un signo utópico.
Un signo utópico-admonitorio de lo que fue plenitud
y ahora está aún sin terminar. Extrañar lo acostumbrado en el lugar
de origen
es la nostalgia por la ausencia de los objetos habituales.

En la catedral de agujas recién afiladas, la cara de plata de San Carlo
Borromeo.

En la barbería delle Colonne ¿cuántas barbas, cuántos cabellos
para rellenar colchones? Aguardo a que escampe, aguardo a que
anochezca,
aguardo a que cierren todas las tiendas, aguardo a que salgan todas
las Helenas:

«¡No me olvidéis!». Aguardo a que pasen los últimos tranvías,
aguardo bajo
las columnas de San Lorenzo y espero que el eje del mundo gire,
gire
hacia los movimientos de la dicha. ¡Ay! ¡Qué lejano es caminar por
una calle
cercana! Bajo estas columnas recién iluminadas por los focos
me hago oscuras preguntas que ni ellas me saben contestar, que ni
ellas
se atreven a contestarme. Nunca menos solo que cuando solo.
Las columnas y yo mismo una más de ellas,
pensando no moverme de aquí durante los próximos siglos.

Milán.

MALPENSA

UNA policía me hace abrir mi bolsa.
Allí están los limones y las pastillas de jabón
hechas a mano en Taormina.
Pide un cuchillo y corta varias piezas al azar.
¡Corazones allanados!
Sobre la mesa húmeda una naturaleza muerta.
Recojo las frutas amargas y las pastillas
que huelen a Creúsa.

EN LOS CAMPOS DE FLANDES

DULCE y amargo, pero nunca agridulce.
Primero dulce, después amargo.
Miel dulce, limones amargos.
En cualquier lugar, en cualquier ciudad,
pero mejor en un desierto, pues aquella a quien se ama
está ausente, está siempre por venir.
Frío entre las dunas, calor entre carámbanos.
Para salvar el hielo debemos congelar el deseo.
¿Amiga o enemiga? Siempre al borde de la provocación.
Te descubrimos, te esperamos en los campos de Flandes,
en las playas de Normandía. Bayonetas caladas
contra nuestros corazones. ¡Qué rápidos los días
cuando quieres que no pasen!
Los amantes miran al ahora y al luego
con ojos calculadores. Y el corazón, y los
pulmones en zozobra.
En todos los lugares amor, odio. «Si me amas, me odias,
y si me odias, me amas». En todos los lugares,
en los Campos Flégreos, amistad y enemistad.
¡Cuántos los nombres perdidos de Venus!
Donde se cavan las trincheras del amor puede surgir el odio.
El deseo debilita. ¡Qué pecho tan blando
para la hoja tan bien afilada!
¡Qué campo tan blando para cortar, desmenuzar, cercenar!
De nuevo amar y no amar. De lejos contemplar
a la ausente cómo escucha y mira sin horizonte,
en todos los lugares, en Cartago y en Túnez.
Entre amar y no amar un hilo,
un puente más corto y estrecho que el de los suspiros.
Eros ama los conflictos y se deleita en resultados
paradójicos. Eros cría alas, las necesita, fuerza a otros

paradójicos. Eros cría alas, las necesita, fuerza a otros a tenerlas. ¿De quién son y dónde la violencia?
El odio, como el amargor, pesa más, es más inalterable, incommovible y reparador. En poesía todo amor acaba mal, incluso antes de que finalice el poema.
Las historias felices no interesan, sino el instante del deseo. ¿Deseo sin amor? Al amor lo vence el tiempo en los campos de Flandes, en las playas de Normandía, en los Campos Flégreos. ¡Déjame vivir! Siempre esperando, odiando esperar, amando la espera, atrapados en los búnkeres inundados por la pleamar.
¡Qué rápidos son los días cuando queremos que no pasen! Quienes aman desean parar el tiempo, detenerlo eternamente, alejar a la muerte. Pero ella llega también con las alas de Eros. Nos quiere, nos ama, nos desea en los campos de Flandes, en las playas de Normandía, en los Campos Flégreos.
¿Qué son los epitafios sino un reto al tiempo? Mejor habitar lugares sin deseo, desiertos sumergidos. Mejor habitar ciudades sin deseo, ciudades de sal. Permanecer fuera del tiempo, huir de las alas, ¡inútil empeño! Y las palabras no ayudan a desentrañarnos. Odiamos olvidar porque no queremos olvidar. Quienes nos amasteis no dejéis de odiarnos para recordarnos tendidos en los campos de Flandes, en las playas de Normandía, en los Campos Flégreos, bajo las hojas perennes de los bosques polacos.

CALMAS DE ENERO

LA sierra de Tramontana como el monte Ararat.
Encinas, algarrobos, olivos.
Hubo barba y paseo en galería
contemplando caer el aire
sobre los hilanderos de lana.
Viñas y frutales.
El castillo enredado como olivo sarraceno,
enraizado en la cueva cantera de sí mismo.
Membrillos escondidos entre telas
como almas momificadas.
Ramos de flores rencorosas.
El profundo silencio como un coro
de voces blancas habitando cada palabra.
Aroma de laurel acre desfalleciente.
Y la belleza de este castillo que el tiempo
me ha desvelado como propio.
Las miradas prisioneras de los pensamientos.
La niebla que nos cancela.
Cavernoso monte.
Y sin embargo miré hacia atrás, con nostalgia, cuando te dejé
al partir como inconsolable amante.
Barcas sin zarpar en la zarpa
de la sombra catedralicia.
Te perdía, te encontraba, te rechazaba, te deseaba
entre hogueras de amapolas.
En cualquier isla la vida transcurre
en un estado de noble espera.
Palomas mensajeras se pierden, se encuentran
en la gula de almendros en flor.
Vienen de Delos, de Segesta, de Selinunte,
después de sobrevolar las ruinas de relojes de sol.
El aire de los malecones es espeso y harinoso.

Pinos saciados de rayos y abrevados de ventiscas.
Cortaron uno centenario, no se dejaba caer.
Malos leñadores, se movía como un diente
de leche atado por un hilo de coser.
Me había refugiado bajo su copa para vanagloriarme.
—«¿Por qué así me desgarráis?
¿Acaso ya no queda compasión?».
Todos hombres firmes fuimos,
ahora tan solo matorrales.
Me duele este pino tanto como el endrino
que sangraba en el Dante.
Un paraíso, este castillo circular,
al pie de los infiernos de los siglos.
En medio de las guerras aquí
fui feliz en paz conmigo mismo.
El naranjo, los higos, el sol moribundo,
la brisa del mar sobre el bosque.
Y una flecha de sílex desenterrada muy cerca.
Te perderé, te echaré de menos.
La separación es la benjamina de la muerte.
¡Ah!, siempre habrá una joven
turista dormida en las almenas,
acunada por las calmas de enero.
Vivir en participio imperativo de futuro.
En voz pasiva, en lo que ha de ser.
Empieza a soñar con una mañana en Bellver.
Piñas góticas, bellotas semejantes
a capiteles asirios. Aguas arroyadas
cayendo sobre amplios sarcófagos.
Y las esculturas griegas y romanas, y las
falsas copias que hoy pasan por auténticas
como nosotros, como nuestros pasos.
Piso las almendras que el viento derribó.
¿Y de ser ejecutado, como tantos otros,
sobre estos muros de madreselvas,
cuánto duraría el duelo?
Las cenizas de Giordano aún no habían
volado, cuando volvió la alegría
al campo dei Fiori. Se abrieron las tabernas
y las cestas de aceitunas, limones y naranjas,

de nuevo se ofrecían como estas celdas.
Percusión ósea de las agujas al tejer
horas a destajo.
Mientras, el libro, el objeto de mayor confianza,
colocado en el atril, semejante
a una tela blanca fijada sobre un bastidor.
En recuerdo del día dos canarios.
¡Cuánto alborotaban en las calmas de enero!
A cambio babuchas, una fuente de dátiles y
pastillas de almizcle.
Y de repente las sombras ocultando toda belleza.
¡Jaque mate! Y de repente las salvas.

En el castillo de Bellver (Palma de Mallorca) con Jovellanos.

PALMERA PÉTREA

ÁBREME palmera pétrea
ábreme árbol de la vida
árbol de la paz ábreme
ábreme tu tallo tan esbelto
árbol alto sobremanera
corpulenta columna enhiesta
tu copa tocando los cielos
visible desde cualquier confín
ábreme tus esencias
hermoso ramaje de nervaduras
abundantes frutos
bestias cobijadas a tu sombra
cueva nave ábside tribuna coro
ermitaños y morabitos
ábreme ábreme ábreme
que yo pueda contemplar el rostro
y en sus ramas posadas las aves del paraíso
ábreme tus palacios
ábreme tus tainas
ábreme tus atalayas
palmera nacida de la piedra
beso tus fríos
biblia kaaba torá
porque mi corazón ha perdido su gozo
ábreme ábreme
ábreme tus paraísos
panes ocultos y la dulzura del agua robada
planta trasplantada desde exóticos desiertos
a este paisaje del altiplano
el justo florecerá como la palmera
fresca sombra oasis escala
derramando el licor de dátiles

ábreme en gozo en paz en luz no corrompida
en el estepario paisaje de los alcores del yermo
edén sagrado manantial de agua fresca
bosques de pinos y sabinas
cacería de liebres
perros ladrando
el halconero que exhibe en su mano izquierda
la hábil y noble rapaz ayuda de la fe
el guerrero el elefante portando
sobre su dorso un castillo
alegoría de las enfermedades
y miserias que han de soportarse
el oso el dromedario el ibis
ábreme palmera pétrea
ábreme árbol de la vida
que mi espíritu reciba una grata fragancia
espliego tomillo ajedrea té de roca
ábreme mi alma hundida en la arena
ábreme tu copa como un pavo real
ábreme tus frutos que mueren en Adán
ábreme palmera pétrea
ábreme atlante
buscaste a los que no te buscábamos
buscaste que te buscásemos
beso tu columna pintada
piso el pasto para las gacelas
hacia donde iban estos jinetes me dirijo
al fresco sobre las improntas rampantes
ábreme palmera pétrea
ábreme estilista
ábreme escala
en el incierto
caminar
hacia la altura
cañadas cordeles veredas
berro de agua níscalos
endrinas
ábreme palmera de los beatos
en los bellos códigos
iluminados

ramos de palmas secas
murallas puertas arcos
ábreme palmera pétrea
arquitectura fingida
dextera domini
aquí descanso
oasis en el arduo
camino
del olvido
de
mí
mismo

San Baudelio, Berlanga de Duero (Soria).

POR ENTRE LOS BLOQUES DE BASALTO

VIAJAR al pasado aun a sabiendas
de que ese es nuestro futuro,
y estar contento de no haber perdido el avión,
y de no equivocarme de puerta de embarque
durante el transbordo.

Cuando partimos hacia la felicidad,
decía Baudelaire, qué bellos son los trenes
que perdemos, decía Laforgue. Qué bellos
versos más ineficaces para cuando viajamos.

A mí me gusta no perder el avión
en los aeropuertos a sabiendas de que,
a donde voy, tampoco encontraré
la felicidad. Sin embargo en Nápoles
siempre estoy contento, yo que asumo
el descontento como mi manera de ser.

Sol, sol y más sol sobre el fuselaje.
Las nubes se acercan a mis labios. Tengo
calor, estoy contento. La vejez es una
edad literaria, uno se hace ya personaje
de sí mismo. La vejez, un tiempo donde
se muere a medias. Muerte sin la nada.

La vida terminada, la vejez se inicia.

Tiempo puro. No soy más que
tiempo. Multitudes en Malpensa
como campos de cosecha de trigo.

Miro hacia las desconocidas lejanías.

El alma de vista cansada no ve lo que
escribe la punta de mi lápiz.

Aviones extranjeros, tristezas extranjeras,
destinos extranjeros. Y luego sobre el cráter
se suman a los míos tus miles de años

se suman a los míos tus miles de años
y todo lo que a ti antes te sucedió, todo
lo que recuerdas, todo lo que olvidaste.
Esta ciudad levita sobre mí con el aire
benéfico de su arquitectura.
¡Mi ciudad! ¡Mi amada! Cuántos pechos
para acariciar que se dejan pero
no hay tiempo. Las horas consumidas
en destrucción después de agotarse
el ansia toda. ¡Llegar! ¡Llegar!
Veo Posilipo desde el ventanuco
que coincide con un ala y mis ojos
descienden como cuando se descubre
el sexo de la amada. Nos miramos
como amapola y memoria.
Vía Chiaia, un día, a pesar de las presentes
dificultades, nos acordaremos
de estos tiempos, amigos. ¡Amigos!
¿Cuántos ya ausentes? El temor no es por ellos,
sino por uno mismo. Un amigo es
aquel con quien te atreves a hablar como
contigo mismo. Vía Vittoria Colonna, entramos
en la iglesia de Santa Teresa que levantó
el de Bracamonte. La Santa en lo alto de un
gran arco en el altar mayor. En una capilla
lateral San Juan de la Cruz cuidando de
los espíritus atribulados. Echamos unas monedas
y encendemos las velas eléctricas
que no dejan el olor profundo de la cera.
¡Amigos! Ningún mal perjudica a aquel
que ya no existe. «Nessuna como te»,
está escrito en una pared de Santa Maria
Egiziaca. ¿Como la vida, como la muerte?
Ambas femeninas, ambas mujeres.
En una de las paredes del oculto teatro de
Herculano alguien arañó en una piedra
«No me amas. No me mereces».
Aprender a amar, aprender a morir.

¿Cuántos ensayos requiere lo primero?
¿Cuántos lo segundo? Y al fin y al cabo
este último es solo para una única representación.
La poesía cura las heridas que la razón provoca.
No tengo fe, pero escribo palabras y las palabras
no tienen palabras para las palabras que no
son verdaderas. Palabras impresas o
palabras electrónicas. En la librería
Grimaldi el dueño no para de enseñarnos
los tomos originales de las antigüedades etruscas,
griegas y romanas que Hamilton
editó a comienzos del siglo XIX.
«Jamás desaparecerá el papel», nos dice exaltado. Los papiros
entre algodones brillan como las piedras de carbón
de los Reyes Magos. En la Biblioteca
Nacional todavía quedan cientos de
rollos por abrir y descifrar. El más feliz no es el joven,
sino el viejo que ha vivido una hermosa
vida, dice Epicuro. Y añade: el joven aún
está sometido a la suerte, mientras que el
viejo, «anclado en la vejez como en un
puerto, posee una alegría segura por disponer
de todo aquello que anhelaba con desesperación».
Anclado en la vejez, en la bahía, a los pies del volcán,
rodeado de las islas de las cabras ¿soy feliz?
A los pies del castillo, en las excavaciones
para el metro, aparecieron tres grandes barcas
contemporáneas de la de Herculano.
Barcas y metro para huir o escribir.
Jabès me dijo que gran parte de su obra
la había redactado en el metro de París
camino de su trabajo de administrativo.
Todo naufraga. Incluso en medio de los ruidos
subterráneos se puede discutir con Dios.
Con el de Moisés o cualquier otro. Mientras pueda
seguir escribiendo, todos mis bienes están conmigo.
Las piñas desparramadas entre las ruinas dan un leve
tono de melancolía. ¿No forman parte también

de la Humanidad los animales, las plantas y
las piedras? El esqueleto de un asno en la
panadería junto a las muelas de lava.
El pan petrificado sobre el mostrador,
el instante conseguido en destrucción.
Y mis húmedos ojos y el siseo de pájaros
ajenos al tiempo. Cuento los trozos en que
se iba a partir. Uno solo de ellos contiene
el peso de toda mi vida y su sentido.
¿Acaso lo sé? Por todos lados los dioses
invocados, radiantes, tienden sus rostros
al viento que hace pasar las páginas.
Y detrás de él todas estas ciudades
silenciadas que estamos volviendo a aprender
a leer. Venus. Tu cuerpo desnudo
sobre una concha navegando, y amercillos
cabalgando sobre delfines. Solo eros sobrevive
consumada el ansia toda en destrucción.
Instante del deseo, instante de la decepción.
Como ambos se cambian plenos. Fertilidad
y esterilidad sonriéndose desnudas una
y otra. Las dos firmes, enteras, sobre la tierra
caducada, bajo el cielo amenazador del
cráter apagado en plenitud. Dulce hora venera,
fresca y gris en que miramos su sexo
intacto. Espéculo vaginal y un gancho
para embrión. Y de entre todas las divinidades
menores Fabulinus que le enseña a pronunciar
la primera palabra. Dulce hora venera.
Toco tu sexo con mis manos panteas para arrojarme
a mí mismo a la luz. Y Lucina me ayuda.
Tiempo de las nueces. ¿Acaso hay algún otro mejor?
De madera, terracota, ébano o marfil, las muñecas
de las tumbas habían sido, el día de la boda,
consagradas a Venus o Diana. ¡Pobre Crepereia!,
fallecida el mismo día de sus esponsales con el
juguete y una guirnalda de mirto cubriendo a ambas.
¡Mi ciudad! ¡Mi amada! saltando con su

cuerpo de ánfora por entre los bloques de basalto,
pasando uno de sus pies por
encima del intervalo entre dos
piedras, mientras el otro
se dispone a seguirlo.
Paso, lente festinans.
¿Por qué ninguna de las mujeres cantadas
por los poetas era la suya? Delia, Cinzia, Corinna,
Lesbia o Clodia no eran las esposas de Tibulo, Propercio,
Ovidio o Catulo. Melocotones y una jarra
de agua medio llena. Los misterios son
femeninos. Todo misterio es una forma
de erotismo. Todo erotismo es una forma
de frustración. De la fuente misma
de los placeres surge, como una angustia,
un no sé qué de amargo
que estrangula al amante entre las
flores. Un hombre espiritual
solo vive en lo invisible: lo sensible
para él solo tiene la verdad de una
alegoría. ¡Mi ciudad! ¡Mi amada!
yace bajo las cenizas, la piedra pómez,
el lapilli. *Bustuariae*. Cejas pobladas,
rizos, el *stilum* en la boca, la tablilla
encerada en las manos y mi nombre borrado.
Pensaba que el amor era eterno,
pero fácilmente se le sustituye.
Es mejor estar duro de oído y algo
desmemoriado también. A pesar de que
siempre estamos criticando al tiempo,
el tiempo es sabio, nos da fuerza y
nos la roba cuando el pequeño cuco
del abedul no sale ya en invierno.
¡Mi amada! saltando con su cuerpo de
ánfora por entre los bloques de basalto.
¡Mi ciudad! Las cosas que veía ya no soy
capaz de verlas. Nadie puede comprenderse
a sí mismo sin comprender a sus contemporáneos.

Pero ¿quiénes son? Respirar entre ruinas.
Semper ero si semper meminisse voles.
¿Pero quién se acordará de quién?
¿Ella de mí o yo de ella?
Espero entre las piedras comidas de la schola.
El mar más retirado, pero las islas aún
cercanas tal cual las veo, tal cual las vieron.
«Extranjero, poco he de decirte», leo en un
sepulcro. Aquí todo está escrito
e incluso resta más de lo que
jamás se pensó. El respaldo sobre el que me
apoyo aún tiene inscrito el nombre de la
llorada. Una sacerdotisa. Miro al suelo
y mis zapatos mezclan la tierra con su
ceniza y la ceniza del volcán, fértiles todas
en vides. La joven que corta los sarmientos,
junto a las tumbas, me ofrece un vaso
de vino. Las uvas son de allí mismo.
Bebo. ¡*Mon Dieu!* Si hasta los dioses han
caído de sus altares. El poeta ya es el único
que reza al Dios desconocido que es ningún
Dios. Espíritu y espacio. Espíritu vacío
en espacio abierto en destrucción.
¿Uno qué palabras dice, quién las entiende?
¿Uno qué vino bebe y qué pan come uno?
Y qué higos y granadas que se me ofrecen
en un frutero de cristal.
Estoy sentado en el souvenir del pasado.
Los que aún estamos en la superficie contemplamos a los
que están abajo. ¿Por qué el futuro debe existir?
Sin futuro no hay temor. Temores, temores
¿y la vida sin temores quién la podría vivir?
Bla, bla, bla, palabras, palabras y más.
¡Que el poeta hable! ¿Quién lo escucha?
Mero sonido ausente de toda profecía.
¿Profecías aquí? Todas se cumplieron.
Y aún queda mucho terreno para la sal.
¡Déjalo! ¡Déjalo! Que el poeta quede en su schola.

Que elija un verso para el largo respaldo
de piedra. ¡Que hable! Y los durmientes,
dormidos ellos, salgan a escucharlo.
¡Estoy cansado! ¿Quién soñará por mí?
¿Ha sido un error haber venido aquí?
El lecho de piedra vacío, tan vacío.
Y el colchón tan lleno, tan lleno de lapilli.
Una nube, al menos, una metáfora de nubes
balsámicas para ofrecer mi huella al vaciado
y dejar algo más que una apariencia
inútil de las cosas. ¡Mis amigos! ¡Mi amada!,
la que camina sobre lagartijas,
sobre tallos de asfódelos, sobre las
amapolas y las rosas de Sorrento,
la que resplandece al caminar
saltando con su cuerpo de ánfora entre los
bloques de basalto. Y nosotros de nuevo
perdidos en Malpensa. Uno de los nombres de
Dios en hebreo es Hamakon. Significa lugar.
¿Acaso aquí podríamos encontrarlo?
Ya ni desiertos, ni océanos, solo metros y aeropuertos
donde escribimos en los libros de reclamaciones
nuestros nombres. La única certeza
que quedará de nuestro enigma.

SOBRE EL CIELO DE WASHINGTON EL DISCOVERY

SOBRE el cielo de Washington el Discovery.
Sobre mi cabeza las copas de los olmos sempiternos
que me impiden contemplarlo en toda
su magnificencia. Sobre el cielo de Washington
el Discovery blanco y alargado
como un montón de troncos desnudos,
encalados en la recta carretera sin rasante.
¿De qué mundo regresaba? ¿A qué mundo ascendían?
Debajo del Discovery están los olmos.
Debajo de los olmos están mis cabellos
como cientos de hojas muertas.
¿Las quemarán, las dejarán enraizarse
en el mismo oscuro humus?
El sauce, el almendro, el roble, el olmo, los pálidos abedules,
bajo el Discovery que regresa de su última
misión al museo, al Steven F. Udvar-Hazy Center.
Y la soledad, y el abandono de pronto sin cielos
estrellados, sin lunas o medias lunas, sin planetas.
Y la soledad, la mía, la suya, la de todos arrojada
a las bóvedas abiertas, escarchadas.
¿Y esperanza de qué? De seguirte viendo
en el aire de las musas secas. Tu vida,
entonces, muda en un silencio sin
sentido. Mi vida que no sé qué
estatua de sal es ya. Mi vida extraña
más que nunca entre las vidas de los árboles
y la vida que tú viviste en la ingravidez. El sauce,
el almendro, el roble, el olmo sobreviviente, el Discovery
y yo frente al espino bíblico de siempre.
Y no descubrió un mundo ajeno al tiempo,

al dolor. Sin sol, sin dios, sin hombre. Solo siendo nosotros
soles, dioses, hombres carnales sin encarnación.
Y yo sé qué y quiénes sois, desterrados como yo,
desnudos como yo, ciegos por el resplandor.
Sobre el cielo de Washington el Discovery
como nube blanca meciendo nuestros sueños.
¿Fuimos siempre felices al despertar?
El sauce, el almendro que veo esta mañana al asomarme
desde la ventana de mi habitación, en el 1434 Hardy en Mclean
(distrito
Fairfax County), el roble, el olmo que veo esta mañana
bajo el cielo que rompe el Discovery, están tan inmutables
ante el enigma como yo. Todos compartimos el mismo destino.
Árboles, mármoles, ¿por qué no hacemos de él un templo,
un bosque pétreo con ramas doradas?
Eternidad fría, blanca, nívea como su chasis.
Debajo de ti, Discovery,
caen las hojas perpetuas.
Debajo de ti, Discovery,
esculpen la soledad de tu gloria. ¡Larga soledad!
Debajo de ti, Discovery,
custodian un cáliz de feroces sépalos.
Debajo de ti no hay viento que interrumpa
las veletas. Debajo de tu vuelo este olmo ha
visto pasar los siglos en el bosque y,
ahora, muerto, ha perdido la memoria
de ti, de mí, de sus congéneres.
Cerezos inclinados sobre la vieja senda,
sus pétalos esparcidos como para pisar en una boda sin
novios. El dolor por el amor verdadero
es un gran dolor. ¿Qué es el amor?
Es ahora, no mañana. Y ahora estás, y ahora no estás
en el aire que te prestamos en un cuarto, en un salón,
quizás en un jardín colgado en el aire que respiramos.
¡Qué luz la de aquí adentro! ¡Qué luz la de aquí afuera!
No sé cuál preferir para verte colgado de los garfios.
¡Eterno fuiste en los cielos inalcanzables!
¡Eterno ya eres en este valle perecedero!

El sauce, el almendro, el roble, el olmo, el pálido abedul
bajo el Discovery que regresa de su última misión
al museo. ¡Qué final! Árboles, mármoles, ascua libre.
¡Qué hermoso centro, cetro, trofeo, botín!
Sobre el cielo de Washington el Discovery.
Laureles, olivos, oleajes de sauces batiendo los tesoros de Delfos.

EN LOS CAFÉS DE PARÍS

ESTOY en los cafés de París viendo pasar la vida.
No hay mejor lugar en el mundo para ver pasar la vida
que un café de París: estrecho, corto, apresurado
a pesar de que yo lo hago lento, desafiantemente lento.
Me siento siempre cerca de un ventanal
y me distraigo la vista con el pasar de los transeúntes,
mientras escucho las lenguas diversas que acampan
en el interior animadamente. No hay mejor lugar
en el mundo para ver pasar la vida que un café de París.
Una vida, cualquier vida. Todas las vidas son
nuestra propia vida. Cafés con historia como el Flore,
Les Deux Magots, la Brasserie Lipp, o locales que te van
saliendo al paso y tú mismo te conviertes en su historia.
Por ejemplo al Procope, después de más de trescientos años,
no se le puede añadir nada. Desde finales del siglo XVII
lo vio todo y nosotros somos insignificantes para él. Sin embargo
entro en Le Pré aux Clercs, en el número 30 de la rue Bonaparte
con la rue Jacob; entro en Le Rouge Marine, en el número 16 de la
rue de
Berri; o en el Lamartine, de la Avenue Victor Hugo número 182,
y todos ellos me reciben con afecto y cariño,
no con el desdén de los otros existencialistas.
Del techo de Le Rouge Marine cuelgan maquetas de barcos
que se tambalean cada vez que se abre la puerta de la calle.
Un joven pianista ameniza las horas finales de la tarde.
Estamos en las últimas campanadas del 2010 viendo pasar la vida
sin prisa, a la contra de los años que se suceden raudos.
Y qué mejor que ver pasar la vida después de visitar las exposiciones
de Irène Némirovsky en el Memorial de la Shoah, en el 17 rue
Geoffroy-l'Asnier, y la de Felix Nussbaum en el Musée
d'art et d'histoire du Judaïsme, en el 71 rue du Temple

d'art et d'histoire du Judaïsme, en el 71 rue du Temple.
Ellos no tuvieron tiempo para disfrutarlo. Apenas les permitieron vivir cuarenta años. Fueron sacrificados en la inmensa hecatombe de la Segunda Guerra Mundial. El gran delito fue ser judíos europeos. Estoy en los cafés de París viendo pasar la vida. A mi lado una joven pareja charla apoyada sobre uno de los veladores del Marais, mientras yo pienso en el *aeternum exilium*, que así denominaba Horacio al más allá, que así denominaba el romano a la mentira de la eternidad. «Hace solo quince días que pasé el umbral de los treinta y nueve, me faltan por lo menos otros tantos», escribe Montaigne y añade, «mientras, locura sería estorbarme con el pensamiento de cosa tan lejana». A mí me quedan pocos meses para cumplir los cincuenta y nueve, edad a la que él murió. No alcanzó los setenta y ocho previstos. ¿Cuántos me quedan a mí? Me olvido de las adivinanzas, soy de natural melancólico y meditabundo. Nada me ha ocupado tanto, desde siempre, como la imaginación de la muerte. Y si decidiera no volver a nombrarla más, ¿cuántos otros versos podría escribir? Mis pensamientos chocan como nueces y sobre este poema que inicio al borde del gran cólquico otoñal del Sena, siegan bandadas de mariposas, siegan y siegan mientras la vida insiste. Nada para nadie en la proximidad del sueño, nada para amantes de este mundo. Vuelvo a pensar en la ininterrumpida sucesión de amigos ausentes. Recuerdo sus nombres, veo sus rostros, escucho sus voces que el río no logra arrastrar. ¿Quién será el próximo que caiga y desaparezca?, gritó horrorizado Wordsworth, «¡Qué deprisa ha seguido un hermano al otro hermano, / Desde la luz del sol a la tierra sin luz!». *Sunshine* o *sunlight*, luz del sol o resplandor del sol. ¿Por qué eligió el poeta de los lagos la primera acepción y no la segunda, aquella del resplandor sobre la hierba? Hay tan poca diferencia entre la realidad y la vida. Estoy sentado, continuo sentado en un café de París, cualquier café y me encuentro como un *flâneur*: un arqueólogo que indaga en las ruinas de una civilización futura, un

detective multifacético al que afecta profundamente aquello que investiga: observador y observado, comprador y mercancía, actor y espectador. Quirón rechazó la eternidad cuando se la ofreció su padre, Saturno. ¿Somos descendientes suyos? ¿Dónde la eternidad? «I have been here before, / But when or how I can not tell». Rossetti ya estuvo aquí, pero cuándo y cómo no supo decirlo. Todos vivimos en el *déjà vu*, en el silencio que resta para toda conversación. Tengo la esperanza de algún imprevisto que proyecto, tengo necesidad de mí conocido y de mí desconocido. Estoy en los cafés de París viendo pasar la vida. Ahora ocupo una esquina del Bar du Pont Royal, en la place l'Odéon junto a la estatua de Danton. No hay mejor lugar en el mundo para ver pasar la vida que un café de París: estrecho, corto, apresurado a pesar de que yo lo hago lento, desafiantemente lento. Y esta felicidad es molicie y derroche. No necesitar nada es algo sagrado y necesitar lo menos posible es estar cerquísima de lo divino. «Para no sufrir las injusticias de los gobiernos de las ciudades, no me encierro en una ciudadanía, sino que en todas partes soy extranjero», le decía Aristipo a Sócrates. Soy extranjero en París, soy extranjero en el mundo, nada me ata. Me levanto, pago la consumición, salgo a la calle, está lloviendo, abro el paraguas, quiero compartirlo con la muchacha que se moja, lo ¡rechaza!, pienso entonces en mi huerto de Olmeda tan solo y abandonado como yo aquí, y en que me halle la joven parca plantando coles, más indiferente a ella incluso que a mi imperfecto jardín productivo.

LAURA EN LA PLAYA DE DEAUVILLE

DERRAPANDO en un gran descapotable rojo por la playa de Deauville.
Las casetas de baño a la espalda y al frente
el horizonte, y esta agua salpicada del amanecer
como una gran charca que jamás se evapora.

¡Ah!, las casetas de baño con misteriosas pinturas y mosaicos
neopompeyanos.

El único tesoro que guardan es el de nuestros antiguos cuerpos
desnudos.

Un hombre y una mujer paseando por la orilla,
haciéndose promesas que nunca se cumplirán
incluso en las películas en color.

Mientras aplazamos las decisiones, la vida transcurre
inaplazable. Las ilusiones de la juventud (Laura a sus veinte años),
la melancolía de la edad que ya empieza a ser tarde (mi recién
sesentena).

La escindida vivencia de que la confianza absoluta,
juvenil en la voz interior del ser llamado, se termina o debilita,
pero sin que sea posible obtener, de este mundo externo al que ahora
me entrego por unos instantes con ansia de aprendizaje
y de dominio, una palabra que señale inequívocamente el camino y la
meta.

Derrapando en un gran descapotable rojo por la playa de Deauville.
Y Laura caminando sobre la orilla del mar, haciendo acrobacias
entre los restos de las últimas olas de la bajamar. Acrobacia,
en griego, significa caminar sobre la punta de los pies.

Yo camino por el filo de la imaginación que nunca perdona.

Laura en la playa de Deauville. Trouville a la derecha. A la izquierda,
un poco más allá, las playas del desembarco y, antes, las de Guillermo
el conquistador.

Le Havre silenciosa. Laura habla de viajar a las antípodas.

Me doy la vuelta y miro a las casas normandas: tejados picudos,
pararrayos,
y los disecados pájaros de cerámica inmutables.
Elegir entre Deauville y Trouville es como elegir entre Flaubert y
Proust.
Me gusta más Flaubert, entonces estaría del lado de Trouville
mientras me gusta más Deauville. «À marée basse on voyait une
plage immense avec
un sable gris et argenté qui scintillait au soleil, tout humide encoré de
la vague» (*Mémories
d'un fou*). Malecones de madera, caballos al trote y los coches de
carreras
con los tubos de escape arrancados a los órganos de fuelle.
Entre un cuadro de Rembrandt y este perro que le grita a los barcos de
pesca
que faenan, ¿a quién salvaría? Giacometti al perro. ¿Pero él sabía
nadar?
¡Yo sí! Un cuadro es también un ser humano, al margen de su valor,
en él están marcadas las huellas de muchas generaciones. Tampoco
un par de botas
valen por todo Shakespeare. Quienes lo gritaban asesinaron a
millones de personas
en los gulags. ¿Y si fuera mi perro? Miro a Laura, que me adelanta
corriendo.
¿Quién es más hermosa, ella o la playa? Solo ella, pues de no ser así
para qué
este poema. ¡Ah!, mi viejo y cansado amor paterno se quedará
siempre joven
en su memoria vinculado a esta playa, a estos versos. Un hombre y
una mujer
sobre las arenas de Deauville. No, no me refiero a nosotros sino a
aquellos que
discuten mientras sus respectivos hijos hacen castillos con la masa
húmeda de la arena.
Y las antiguas casetas de baño rotuladas con los nombres de películas
norteamericanas, directores y actores. Y Apollinaire, unos días antes
de estallar la

Primera Guerra Mundial, escribiendo como yo, ahora, sobre una mesa
de mármol
de la terraza de un café. Unas vacaciones idílicas antes de que le
volaran la cabeza.
Un hombre y una mujer paseando por el suelo de madera (*les
planches*) sobre la
fina arena. La verdadera calle real (o de la república) de Deauville,
una pequeña
ciudad de provincias. Un hombre, si es libre, en nada piensa menos
que en la muerte,
y su sabiduría no es una meditación de la muerte sino de la vida. Una
mujer: La belleza
e inteligencia que posee, con su abrigo de Karénina, proviene de su
conciencia de saberse
deseada. Pongámosles nombres: Ella: Anne. Él: Jean-Louis.
Ella vive en la calle Lamarc, distrito 18 de París. Allí residió Lenin
(para mí una ambigua
referencia). Se encuentran en el internado de sus hijos en Deauville.
Ambos recuerdan
con nostalgia a sus cónyuges muertos violentamente. Deauville, un
laberinto de calles muy
bien trazadas para encontrar el centro de uno mismo. Laura y yo a
veces discrepamos,
la rue général-Leclerc ha sido testigo, pero la discrepancia es una
manera de entenderse.
Anne y Jean-Louis dudan entre la pasión o seguir siendo fieles a la
tristeza.
Las baterías del Monte Canisy nos vigilan. ¡Qué importante todo y
decisivo en su momento,
y qué solitario e indefenso ahora todo! ¡Cuántos cementerios
militares! ¡Cuántas vidas
sacrificadas! Número secreto de nuestro portal de la rue des Ouvres,
6259. Número telefónico
de Anne, Montmartre 15-40. Niños árabes perdidos entre los bosques
multicolores de las
sombrillas abiertas y cerradas, incesantemente reclamados por la
megafonía. Y la marea

que sigue bajando llega casi hasta los barcos hundidos. Y cuando
suba en la noche inundará con la alegría del recuerdo en el pesar
futuro, a nuestros corazones desprevenidos.

Para llegar en tren a Deauville, cambiamos de estación en Liseus
al pie de la gran basílica. La valentía de la juventud (Laura).
La indolencia de la senectud (yo). Anne y Jean-Louis, al menos hasta
ahora,
viajan en coche. Le Havre, donde los milagros de las buenas acciones
se cumplen en las
películas. Boyas señalando la profundidad de nuestros pensamientos,
ahora varadas sobre
las arenas escarchadas de la bajamar. Son de color rojo como el
descapotable que sigue
derrapando por la playa de Deauville. Y la tardía orquesta de jazz
tocando sobre los
patines de hockey. Los perros bañistas, las bañistas blindadas de
negro. El negro de las
jóvenes de ébano emblanquecidas por las cremas protectoras, y las
muchachas níveas
a quienes nadie hace caso. ¿Deauville o Trouville? Un pequeño río en
medio. La estación
de trenes compartida. Anne cuanto más feliz es con Jean-Louis más
recuerda a su difunto.

—«Es mejor que tome un tren», dice ella.

—«Es increíble negarse a ser feliz», le contesta él.

Hay domingos que empiezan bien y acaban mal. La canción de fondo:
«El amor es más fuerte
que nosotros». Mientras Anne y Jean-Louis aguardan al tren en la
estación,
Laura se da el último baño antes de que todos regresemos a esa
misma parada, cincuenta
años después, para también regresar a París. Y los faros comenzando
a hacer su ronda,
y las melenas de las muchachas al atardecer como hierbas saladas.
No existe ningún dolor que no sea conocido como tal.
El instante es lo único, el resto da lo mismo. La alegría de disponer de
un hogar en todas

partes y la nostalgia de tener que partir siempre de él. Suspende la
huida del tiempo
como el revisor suspende la partida de nuestro tren. Ahora caminamos
hacia otro
nuevo convoy y por el mismo andén en donde la pareja se despidió.
«¿Me equivoqué?», dice él y añade: «¿Acaso debería haberla
acompañado como amiga durante varios meses? Seguramente el
resultado sería el mismo. A fuerza de verse como
amigos uno acaba simplemente siendo amigo». En la estación de
Saint-Lazare él aún la sigue
esperando mientras nosotros tres nos apeamos. ¿El amor, ocupación
de desocupados?
Y los largos gemidos de los violines en otoño, y los largos gemidos
de las ruedas del descapotable rojo que derrapa en la playa de
Deauville, hieren mi corazón con monótona
languidez. ¡Ah!, la vida no enmudece nunca, y el destino final sigue
siendo secreto.

VIVIR COMO SI FUERA DE MAÑANA

PASEO por la Friedrichstrasse a orillas del Spree.
Paseo por la Oranienburger.
Paseo por la Rosenthaler.
Trato de vivir como si fuera de mañana.
En el cruce con la Kastanien me apoyo sobre las anclas
que guardan las bicicletas. Veo pasar otras
en dirección hacia cualquier parte, camino de las buhardillas.
Aquella ciclista sería la más bella en una isla desierta.
Heidelberg, Manchester, Aix o Salamanca, en verano,
son desiertos por los que da miedo transitar.
Paseo, paseo, paseo, trato de vivir como si fuera de mañana.
Sé que no me salvarán los versos ni los astros que brillan en la
noche.
Todavía no estoy en la lista, pero nadie se libra de la de Job.
¿Y entretanto Dios condenado por nosotros?
Entre sollozos y lágrimas cae la nieve.
Me quedo, me olvido entre bicicletas abandonadas,
y en pleno verano pienso
en la nieve. ¡Nieve! ¡Nieve!, si blanca breve,
Marina leve ¡leve!, blancanieve.
El rostro reclinado sobre los rostros.
¿Qué soy, quién me hizo?
¿Saldré vivo de la tierra?
Quisiera leer las vidas de todos cuantos pasan.
Tomar algunas de ellas prestadas.
La lectura hace a un individuo completo.
Paseo por la Friedrichstrasse a orillas del Spree.
Paseo por la Oranienburger.
Paseo por la Rosenthaler.
En las casas del insomnio nocturno,
cada escalera se transforma en una cascada.
Todo hombre sabe de sí mismo menos

de lo que está seguro conocer de los demás.
Llueva, nieve o salga el sol, yo sigo aquí en la Rosenthaler,
en el cruce con la Kastanien, en medio de bicicletas ociosas.
Tan importante es saber morir como vivir.
El acto de morir tiene suma importancia. Dura poco, pero es
definitivo.
Así lo acepto venga en verano o en invierno. Así lo acepto ajeno
como la belleza de esta muchacha que nunca me pertenecerá.
¿Quién nos devolverá la hora de esplendor efímero en su rostro?
En los adoquines brillan los nombres de los ausentes.
La aurora de esta plenitud se mudó, de pronto, en un día cubierto:
la estación de la esperanza pasó: voló con los demás sueños.
Cada vez más despedidas que encuentros.
Paseo por la Friedrichstrasse a orillas del Spree.
Paseo por la Oranienburger.
Paseo por la Rosenthaler.
La imaginación todo lo exagera.
¡Qué difícil es cambiarse uno mismo!
La auténtica pasión solo la siento por el pasado.
Solo en el pasado se puede consumir el amor de un poeta.
El futuro pertenece a la repetición. Una
unión con lo que uno ya ha hecho. Un gozo reconstruido.
Lo pasado es un gozo espontáneo,
y la espontaneidad no consiste en volver a tener la misma
oportunidad
que se tuvo antes, y que siempre debió tenerse.
El amor es la presuposición del amor. Tener amor es presuponerlo
en otros.
Poder ser amado es presuponer que otros pueden serlo.
Paseo por la Friedrichstrasse a orillas del Spree.
Paseo por la Oranienburger.
Paseo por la Rosenthaler
y contemplo el amor montado en las bicicletas que me huyen.
¡Desobediencia civil!
¡Cuánta vanidad hay en él!
Trato de vivir como si fuera de mañana,
como si todo aún pudiera comenzar y no estuviera en el ocaso.
El primer aire, las primeras rocas, las aguas sin mancillar,
todo como la inspiración, en el preciso instante.
Trato de vivir como si fuera de mañana,

esos horizontes donde las cosas se pierden unas en otras
y desaparecen sus confines.
Percibo el poder de la mente sobre el poder del ojo.
La verdad sobre la vida no hace más que atraer a la muerte.
Paseo por la Friedrichstrasse a orillas del Spree.
Paseo por la Oranienburger.
Paseo por la Rosenthaler.
Paseo por...
¿Qué calle es esta?
M-o-l-i-n-a
¡qué apellido tan confuso!
tres consonantes flojas
m-l-n
y tres vocales colocadas al azar
o-i-a
¡No suenan a nada!
¿Qué significado tienen?
Más bien cada una de estas letras expresa melancolía.
Por eso esta calle,
o mejor, esta cuneta
lleva ese tal nombre prestado.
Los límites del lenguaje significan los límites de mi mundo.
Hay acontecimientos incapaces de explicarse.
Se ocultan por la vergüenza.
Lo demostrado ¿para qué volverlo a explicar?
Hay sentimientos para los que no existen palabras.
El fuego es el medicamento más insinuante.
Paseo por Friedrichstrasse a orillas del Spree.
Paseo por Oranienburger.
Paseo por Rosenthaler.
¡Tú sabes!
y
tú
y
tú
y quienes ya se han olvidado
de los antiguos nombres
de estas calles
y sus habitantes.
¡Tú sabes!

tú
En Friedrichstrasse.
En Oranienburger.
En Rosenthaler.
¡Tú sabes!
tú

Paseando por el antiguo Berlín Oriental.

SENTADO EN EL TEATRO GRIEGO DE TAORMINA

¡PRONTO te amé, belleza tan antigua y tan nueva!
¡Pronto te amé!
Tú dentro de la historia y yo fuera,
al margen de cualquier tiempo.
Allí me buscaba y, cansado, caía de bruces
contra todo lo hermoso conservado de siglos.
Conmigo estabas tú, y contigo no estaba yo.
Sentado en lo más alto, en una de las gradas permitidas,
me pongo a contemplar a la gente. Son los actores
del gran teatro del mundo. Personas como yo
que han arrastrado hasta aquí todas sus inquietudes.
Cada uno asumimos un papel para interpretar.
Entre ellos veo al joven que fui entrando por vez primera
a este escenario donde ahora ensayo el mutis.
Cargado con una mochila iba repleto de ilusiones.
Nunca pensé llegar tan lejos, pero a donde llegué no iba,
y a donde iba aún no he llegado. La vida es así,
a veces te da el papel que no quieres,
pero lo interpretas con tanto ardor que se te adjudica.
«¿Adónde nos lleva recorrer, una y otra vez, caminos difíciles?»,
clama San Agustín en las *Confesiones*.
Aquel joven camina alrededor de la amplia cávea e,
inmediatamente, inicia la misma ascensión que yo termino
de llevar a cabo. Luego se sienta muy cerca.
¿Me atrevería a prevenirle?
¿Me atrevería a cambiarle su rumbo?
Me inquieta esta presencia.
Me levanto, busco otro asiento más lejano,
y él vuelve a seguirme. «¡No me busques más!», me gustaría
decirle a ese compañero inesperado. Él entonces se levanta,
recoge su impedimento y se dispone a bajar las escaleras

recoge su impedimenta y se dispone a bajar las escaleras
sin darme tiempo. Viejos mis días pasan y no sé
de qué modo detenerlos. Me perdí y me acordé de aquel
que fui aquí mismo, oí mi propia voz a mi espalda:
¡que volviese!, me decía.
«He vivido, he consumado la carrera
que me había asignado la fortuna»,
le hace decir Virgilio a la desgraciada Dido.
Como una obra teatral, así es la vida: importa no el tiempo,
sino el acierto con que se ha representado. No atañe a la cuestión
el lugar en que termines, termina donde te plazca,
tan solo prepara un buen final. Séneca lo hizo.
¡Pronto te amé, belleza tan antigua y tan nueva!
¡Pronto te amé!
Tú dentro de la historia y yo fuera, al margen de cualquier tiempo.
Allí me buscaba y, cansado, caía de bruces
contra todo lo hermoso conservado de siglos.
Conmigo estabas tú, y contigo no estaba yo.
Corazón ¿adónde podría huir de mí mismo?
¿Adónde no dejaría de seguirme?
Lo que llevo dentro de mí,
que me es desconocido,
es lo que me hace yo.
¡Oh, cuán bien nos iría si nos dijéramos adiós!
Pero cualquier viaje no te exonera de perseguirte,
ora esperando, ora desesperando, ora extraviándote.

ÎLE ROUSSEAU

AQUÍ estoy ahora en la Île Rousseau
donde el Ródano abandona el lago Lemán.
Sentado bajo el bosque que esconde al filósofo no deseado
me oculto una mañana soleada,
extrañamente soleada para una ciudad de brumas
y nieblas frías. Un velo que no deja ver si no te
esfuerzas por ver, pues allí, al otro lado de la tela invisible,
está otro camino a seguir.
No es un tratado internacional,
no es una guerra, tampoco la consecuencia de una paz
inestable lo que me ha traído aquí, sino el placer de
deambular. Deambular, correr por el mundo huyendo
de las noticias, incluso de las buenas.
«Il discorrere è come il correre». Descanso,
descanso entre los frondosos álamos que plantaron para
borrar a Jean-Jacques. Y se lo agradezco a quienes lo
hicieron pues así a mí tampoco me ven los conductores y
viandantes que, pacientemente, atraviesan el puente Mont-Blanc.
El monte aún está cubierto de canas. Tantas
como las mías. Se tarda en creer lo que duele
creer. Aunque en el Libro de la Sabiduría se afirma
que la verdadera canicie para el hombre es la prudencia.
Estoy ausente en esta isla. Me ausento en el pensar.
Nada atrevido, nada nuevo, nada trascendente.
Me ausento de mí mismo no para pensar —en qué podría
hacerlo que no estuviera ya hecho— sino para
no pensar. Ausentarme de mi pensamiento.
Jenofonte habla de las ausencias de Sócrates
cuando pensaba, de ahí nació la academia,
el albergue de ausencias. Isla de las ausencias
en el encuentro del Ródano y el lago Lemán.
Isla de las ausencias en el no pensar.

No quitarse la vida, ¡qué atrevimiento!
Sino quitarse del pensar, incluso del que en ti piensen.
No pienso nada. Lo más difícil es no pensar en el pensar.
Está claro que todos quienes se dedican al pensamiento
no se ocupan de otra cosa que del morir y del estar muerto.
¿Lo estoy yo bajo estos álamos? Al menos lagrimeo.
No sé por qué: la sequedad, la humedad. Las lágrimas
valen tanto como las palabras. Mi territorio ahora
podría ser esta minúscula ínsula que Rousseau me presta.
Su estatua está tan sola que ni tienta a las palomas.
¿Cuál su patria, cuál la mía? En cualquier lugar.
Acaso hay tierra, mar o aire donde no exista dolor.
Entonces ¿allí iría? Sentado bajo el bosque
que blindo a Jean-Jacques no pienso. ¡No quiero pensar!
Desisto también de cualquier pasión. Entonces
una envenenadora extranjera —más extranjero que yo
imposible— acude a fotografiar la efigie.
Luego viene a sentarse junto a mí, ¿por qué?
¿Acaso no hay otros bancos? Descarada, pone su rostro al sol.
Me roba rayos. ¡La perdono!
La mujer debe dorarse para ser adorada.
El amor de las extranjeras no es de fiar, anda errante
como ellas, como nosotros, y cuando se cree
que no existe cosa más perdurable echa a correr,
se echa a nadar por el Lemán, por el Ródano,
una mañana soleada. Y Jean-Jacques de nuevo solo
en la vida, en la muerte solo con su esquilmada gloria.

A orillas del Lemán me senté a llorar.

En Ginebra.

EN LAS PLAYAS DE HERCULANO

EN las playas de Herculano esperamos
a que lleguen las naves a salvarnos.
En el papiro esperamos a que las blancas manos
de la joven investigadora descubran nuestros secretos
de antes y de ahora que son los mismos.
En el papiro carbonizado, luz y ser del más allá,
aguardamos la resurrección.
Y el negro lapilli cae sin viento.
Azufre. Oscura vino la noche sin aliento.
Huertos, casas destejadas y el golfo
convertido en desierto.
En el lago del Averno, en el cabo Miseno,
en Cumas, mientras das la vuelta
en la cama incendiada, cae la noche.
Estas llamas son las alas que nos llevarán
a nuestra patria celeste.
El fuego es bello. Palpita. Brilla semejante
a una idea. Y el negro lapilli cae
sin viento. Festina lente. Ayer delfines
alrededor de las anclas. Hoy ranas
croando en las playas sumergidas
bajo ríos de piroclastos
ganados a la oscuridad por los arqueólogos.
Todo al fin encuentra su lugar.
En la vecina casa de Menandro se les desplomó el techo
a los saqueadores. Aún contemplo los esqueletos
desparramados como serpentinadas.
Huesos aniquilados. Dios. Cualquier dios
para manifestarse elige el desierto.
El derrumbe, ese espacio de una revelación
trascendente. ¡Solares, solares! ¡Cuántos solares

trascendente. ¡Solares, solares! ¿Cuántos solares
heredarán el pelícano y el erizo, el ibis
y el cuervo? Solares nuestras casas.
Culpa hay suficiente para el arrepentimiento.
Vides en medio de las ruinas, en medio
de la desenterrada ciudad por donde volví
a caminar. Caminar como discurrir.
La palabra une la huella visible con el vacío,
con lo ausente, con el objeto deseado o temido,
como estos frágiles puentes improvisados
sobre las estancias de los castos amantes.
¡No sientas pena por lo que ya pasó.
Si pasó déjalo pasar! Sigue caminando
bajo los pinos que otras veces abrazaste.
Y sigue a paso firme aunque sepas que
a donde llegues serás siempre extranjero.
Y el negro lapilli cae
sin viento. Esta belleza de escombros da calma.
Conocer es ser fiel al dolor.
Hermosas naves surcando el golfo,
como ayer, como hoy, como siempre.
Dichosos quienes se bañan desde ellas.
Dichosos quienes se arrojan al borde de las
tenebrosas profundidades.
Aire sereno cuando despuntaba el albor.
Y el negro lapilli cae sin viento.
Playas y acantilados ahora invernaderos
de claveles. ¡Qué placentero todo desde la
Puerta Nocera! Pero lo bello desespera.
La belleza no es cualidad de lo mirado,
sino de quien mira. Mira sin horizonte,
sin límite. En las playas de Herculano
esperé, aún espero las atrevidas naves.
Y el negro lapilli cae sin viento.
Oro, plata, besos. Nada seduce a la pasión.
Quien no se pierde no se salvará.
Si pudieras aniquilarte entonces sería tuyo
todo lo que es en sí. Besos, plata, oro.

Dijiste: «Algún día leeré estos versos».
¿Bajo el lapilli, bajo la luz del microscopio?
¿Bajo el ordenador, bajo el ipad o la tablilla moderna?
Estos versos que para alguien fueron,
ahora son para la joven investigadora que dibuja,
transcribe desde el ordenador portátil.
Los signos, como la naturaleza trascendente,
aman esconderse entre sus labios, entre sus manos.
Palabras, hijas del azar, enemigas.
¡Derrota, capitulación! Mientras te das la vuelta
en la cama se hace de noche.
Nocte tantum sileo. En las playas de Herculano
esperamos a que lleguen las naves
a salvarnos. Solo los muertos gozan del privilegio
de contemplar, cara a cara, las verdades
desconocidas. Quisisana. Aquí uno cura.
Aquí ya es allí mientras el negro lapilli
cae sin viento. En la desenterrada ciudad
entro una y otra vez. Pasos cada vez más
leves. Toda la vida es pura invención.
Y existir no es eso que creía.
Y toda esta lava para que de nuestro amor
solo queden enigmas escritos en papiros
que otras erupciones borrarán.
Y el negro lapilli cae sin viento.
Y aquella novena sinfonía, aquella que acaba
en la prolongación indefinida del silencio.

OTOÑO EN CAGLIARI

ARRANCÓ lentamente cada hoja manuscrita
y, tras haberlas leído, las cortó en mil pedazos
con la tijera bien afilada.

Lo rasgado ascendía como una colina.

Cuando llegó a la cumbre lo guardó
en una bolsa negra. ¿Qué hacer?

En el jardín estaban quemando hojas muertas.
¡Al fuego la arrojó!

Una llamarada azul, deslumbrante,
admiró a los sorprendidos jardineros.

Él alzó la vista al cielo.

Un avión pasaba. Alguien sugirió que iba
a Cagliari. ¡Qué se le había perdido allí!

El que estaba apoyado en el rastrillo
musitó: «¡Siempre hacia casa!».

Brisas ardientes de gélido viento.

Aquello a lo que no se renuncia se nos escapa.

CÍCLADAS

I

Kea, la antigua Keos, la más occidental de las Cícladas, donde la guarda el enorme león funerario, esculpido en la cara de una roca en el siglo VI a. C. Restos de murallas, torres, templos y teatros. «Tus monumentos descansan sobre sus cimientos como el cielo sobre sus soportes».

II

Melos, la moderna Milo, la de las antiguas tablillas sin descifrar, y el *andrón*, la sala de banquetes para hombres, donde una inscripción en el suelo de mosaico con temas dionisiacos pide de todo menos agua. «¡Y todo en vano! De la fuente misma de sus placeres».

III

Delos, la desnuda y ventosa, patria de Apolo y Artemisa, la vía sagrada llena de basamentos, de docenas de receptáculos para ofrendas. Stoá, dórico, ágoras, plazas porticadas, propileos, Oikos de los naxios (el segundo templo de Apolo —hubo varios— donado por los vecinos de Naxos). El Kératon, el altar levantado por Apolo con los cuernos de las cabras montesas cazadas por Artemisa en las pendientes del cercano Cinto. En el templo de la diosa las doncellas solían dejar un rizo. El Neorion, donde estaba el buque insignia de los Antigónidas. El barco consagrado a Apolo se exhibía *ad imperitura memoria*. Estatuas, cabezas de toro, nereidas, caballitos de mar, leones rugientes en su avenida plantados sobre las ancas, el lago sagrado desecado donde Leto dio a luz a Apolo y Artemisa. Y las casas, la de las joyas, la de los actores, la de los tritones, la de los sellos y la de la colina donde puede verse un gran depósito de agua, la del Diadoúmenos, la de Hermes y la de Cerdón con peristilo, la de los delfines con los eros cabalgando en parejas, la de las

máscaras con un ánfora grande, una palmera y un pájaro revoloteando sobre los dados del azar, y la casa de Dionisio con el mosaico donde se le ve montando un tigre en el impluvium del atrio. «Y un no sé qué de amargo estrangula al amante entre las flores».

IV

Naxos, donde Dionisio casó con Ariadna cuando fue abandonada por Teseo después de haberlo ayudado a salir del laberinto de Knossos. Canteras de mármol. En Grotta, en la costa norte, una ciudadela con murallas ciclópeas. Y en Mitropóleos los restos del ágora. Camino por la carretera artificial que une la isleta de Palati y Naxos y llego a los restos de un templo de Apolo. «Tu obra durará con su señor, sobre la tierra eternamente a salvo de toda destrucción».

V

Santorini, la antigua Thera, la isla volcánica. En Akrotiri plazas y casas sobre el mar, los frescos de la mujer preparándose para la boda y los ritos de iniciación. En Thera, cerca de Kamari, en la cresta volcánica, en la costa oriental de la isla, las ruinas cubiertas, el ágora, cuarteles, gimnasio, talleres, templo excavado en la roca, teatro y la vía sacra. «Compañero, no vayas aprisa / porque estás yendo hacia abajo».

VI

Rodas, en Lindos la altísima acrópolis natural abruptamente erguida sobre una bellísima playa. Un gran relieve de un barco de guerra, esculpido en la roca, ofrecido a Poseidón por el almirante Hagesandros de Rodas y tallado por Pitokritos. «Me apaciento de vientos».

VII

Cos, la isla de Asklepios, de Hipócrates. El santuario, el Asklepeion en medio de un bosque de cipreses consagrados al propio dios y a Apolo. Y las aguas que sanan. La casa del rapto. «Te cogeré la mano, pero solo el mismo rato que los demás».

VIII

Samos, en la Casa de las ofrendas han sustituido las estatuas de las muchachas por unas copias. La patria de Pitágoras, Epicuro «oculta tu vida», y Aristarco. Un largo acueducto excavado en la roca. Tuberías de arcilla. El río Imbrasos y en su desembocadura el templo de Hera en el lugar donde nació. Una selva de piedras en medio de terrenos pantanosos. «Soy el principio y el fin de los hombres, el que pronuncia las palabras necesarias».

IX

Creta, los restos del Odeón en Gortina, los delfines, la cueva de Ideo a casi mil quinientos metros de altura, donde nació Zeus y a donde subía el rey Minos para conocer los deseos del monarca de los dioses. Bahía de Lendas y los restos del Santuario de Asklepios: dos columnas y el suelo de mosaicos del pronaos. Y entre Faistos y Hagia Triada una calle pavimentada y una escalinata. Knossos y Minos, ¿dónde el laberinto de Dédalo? Y el Minotauro. Delfines, serpientes, cabezas de toro. «Pasado el medio siglo donde uno mire, ya no podrá volver allí».

¡SALVE!

¡SALVE!

«Si las cosas te van bien, despierta del sueño».

En la fachada del Palazzo Bocchi, entre versos de Horacio en latín y citas de la Biblia en hebreo grabadas en la piedra, veo pintado este aviso.

¿Estoy despierto?

¡Sí! Y ya fuera del Hotel Bologna de la Gare.

Solamente son verdaderos los pensamientos que no se comprenden a sí mismos.

¡Salve!

Solo amar a las desconocidas.

Aquí caminan bajo los soportales como si avanzaran entre caminos de espinos cubiertos de rocío. En la alta hierba perfumada de los campos, el caracol negro azabache trepa y echa sus cuernos tan rojos como la Torre degli Asinelli o la Garisenda.

¿Es delito, o acaso pecado mortal, pensar que esta muchacha, que custodia las ánforas en el Museo Civico Archeologico del Palazzo

Galvani, es la única vestal que permanece viva?

Entró con una silla en la mano y, como de un estante, tomó mi vida y sopló las frías cenizas.

El existir es únicamente interesante cuando es ruina de un sueño, aquello que ha quedado como grava de esperanza.

¿Cómo no amarse a uno mismo? ¿Cómo no zafarse de su propio odio?

¿Es lo deseado por deseable fuente de un mayor placer que puede convertirse en un gran dolor? El amor, como este caminar, prolonga el envejecimiento pero no nos dispensa del mismo.

Dolor furioso, amor en pena. ¡Bologna!

¡Ubique nusquam! En ningún lugar y en todos al mismo tiempo.

Voluntades flotantes. El menor número de palabras posibles
 para el mayor sentido posible. El mínimo posible de espacio
 y tiempo perdidos para el máximo posible de alma.
 Pasó el turno de la muchacha vigilante. Como el amor,
 aparenta alejarse para mejor acercarse.
 ¡Ah, la fingida indiferencia! ¡Quién pudiera
 permanecer aquí como parte de las urnas vacías!
Locus amoenus. Belleza del lugar y tristeza del poeta.
 Lo dado, inexplicablemente, al menos lo poseo.
Locus amoenus. Finalmente su cuerpo expuesto en el
 Archiginnasio. Una carne tendida sobre un mármol blanco.
 Un cuerpo cualquiera, así son todos los que aquí yacen.
 Y entonces el profesor Lacan desde la cátedra de los despellejados
 emite esta sentencia: «Amar es dar aquello que no se tiene
 a alguien que no existe». Y la luz pura que atraviesa los vitrales
 se dora al rozar contra las maderas.
 Entonces, ¿para qué esta tan larga caminata?
 ¡Salve!
 «Si las cosas te van bien, despierta del sueño»,
 porque todo sigue igual y tú lo sabes.
 No dar la espalda a las desconocidas,
 sino seguirlas a todas partes. Eros es una piedra de afilar
 el alma. El alma que se pierde al conocerlas, al desvelarlas.
 ¡Belleza!, monstruo enorme, ingenuo y espantoso. ¿Es verdad que
 solo
 cuando el aquí se afirma deseamos estar en otra parte? El mármol
 blanco del Teatro Anatómico brilla como piedra filosofal. Curvilíneo
 se ajusta a esas caderas desnudas en penumbra. El cuerpo femenino
 era entenebrecido por vergüenza,
 apenas se vislumbraba la abierta granada, la abierta nada.
 Pero la desnudez masculina
 es más vergonzosa porque es más explícita. La parte exterior del
 hombre
 tiende a revelar sus sentimientos de un modo particularmente
 explícito, tanto si quiere como si no. Insubordinación
 del cuerpo a la voluntad. Piedra pulida como gélida laja de Carrara
 sacudida por baldes de agua para evitar lo sanguinolento. En el
 país de las piedras erectas cavan pozos. La fe,

como el amor, no pregunta.

¡Salve!

Solo amar a las desconocidas. La fe solo puede ser creencia en lo que no se cree. Mientras exista la muerte: abrazarse, estrecharse, acariciarse y conversar. La única protesta contra quien más nos desea.

¡Qué desastre si una mujer nos ama porque nos lo merecemos!

¡Qué aburrimiento la felicidad como premio o recompensa a un trabajo de seducción tan bien hecho!

Solo amar a las desconocidas. ¿Por qué un sentimiento puro tan mal correspondido? Gloriarse en las tribulaciones, esperar desesperando mientras caminamos por los mismos soportales.

Citramontani (de más acá) de los Alpes.

Ultramontani (de más allá) de los Alpes.

Dolor furioso. ¿Contra quién? ¿Contra qué?

Mujeres y hombres claman en el *Compianto sul Cristo morto*.

¿No era aquel el hijo de Dios? ¿No era aquel Dios mismo?

Y la falsa puerta de Sameri, en la sección egipcia del Archeologico, esperando aún a ser traspasada.

Quien no soporta el vacío busca un tiempo lleno.

Tiempo desacelerado en el Archiginnasio, tiempo humano.

Mármol del Teatro Anatómico: un lecho entre verano e invierno.

¡Salve!

Solo amar a las desconocidas. Amaríamos incluso si la persona amada no te amase, te confirmara que no te ama, precisamente porque no te ama y, sobre todo, porque te lo ha dicho con su silencio.

Amaríamos incluso más porque solo así se puede olvidar.

En el bar de la estación de Bolonia, una desconocida se levanta de una mesa y dejando apoyada su mano derecha me mira. Llueve en Parma, tanto como para inundar la cávea del Teatro Farnesio y hacer naumaquias.

La desconocida camina balanceándose como si hiciera el amor. En la Camera di San Paolo unos frescos de Diana y una frase de Pitágoras: «Ignem gladio ne fodias». Yo tampoco atizaría el fuego con la espada. Llueve en Parma y, sin embargo, el río va seco. En el bar de la estación, una desconocida se levanta de una mesa y dejando apoyada

su mano derecha me mira. ¿Citramontani? ¿Ultramontani?
El tren se retrasa. Las desconocidas entonces quieren entablar
amistad.
¡Huyo! Hace un sol espléndido en Florencia.
Entro en los Uffizi para contemplar a las viejas damas de lapislázuli.
Asciendo por las losas de la Laurenziana como si pisara caparazones
de tortugas.
Subo las escaleras de San Miniato para despedirme del Arno.
Al partir del Hotel Brunelleschi dejo escritos versos en una carta para
la próxima desconocida que ocupe mi mismo lecho.
«Dame tus manos para dormir sobre ellas la lenta y
ociosa eternidad». En el bar de la estación de Florencia,
una desconocida se levanta de una mesa y dejando
apoyada su mano derecha me mira.
¡Salve!
«Si las cosas te van bien, despierta del sueño».
Estoy entre resplandores, como ciego.
Mi mirada no encuentra el camino de vuelta.
¡Oh Polixena! Tus ojos en cada desconocida.
¡No mirarlos! Me refugio en el escudo de la medusa de Caravaggio
y lucho contra mí mismo, la forma más fácil de derrotarse.
¡Salve!
¡Ay!, las mujeres bellas atormentadoras de los ojos hacen
crecer más lentamente la hierba, de un verde intenso,
entre las tumbas.

MORANDI INTERCEDE POR SUS OBJETOS

¡APIÁDATE, Señor!, de estos objetos insignificantes.
Vasos, botellas, jarras, flores de papel o tela,
cestas, teteras, candelabros, tazas, cajas, cartones,
conchas de mar, fósiles, cantos rodados.
¡Apiádate, Señor!, de estos objetos insignificantes
a los que robé su alma para el lienzo.
Vulnerables, socorridos por el halo invisible
que creé con la luz, el espacio, el vacío,
la sombra o el color siempre mate.
¡Apiádate, Señor!, de estos objetos insignificantes.
Los toqué, utilicé, contemplé, me hicieron compañía
y, ya sin dueño, y por ser precisamente
la huella de mí mismo, están condenados
a la destrucción o al abandono.
Pintura casta, objetos castos, desprendidos,
ajenos al relato. Busqué en ellos lo que mis ojos
no podían ver, no podían alcanzar. Ellos
mismos se negaban, se escondían, se desconocían.
Busqué en ellos la atmósfera, el rayo tibio de luz,
el reflejo que entraba por el balcón
abierto, cerrado, entreabierto según las horas del día.
Busqué en ellos la claridad del jardín interior,
la sequedad, la humedad, el movimiento de las hojas.
Camastro, silla, cómoda, caballetes, mesas con pinceles
y botes de pinturas, repisas con los modelos dispuestos.
Lo más difícil era fijar los movimientos de las tinieblas
con las páginas abiertas de los periódicos
pegadas por las paredes y tiradas por el suelo
antes de ser salpicadas, tronzadas por mis pasos
inquietos, inconsolables.

¡Apiádate, Señor!, de tantos falsos griaes
que encontré vacíos. Pero la luz provocaba
el efecto de lo líquido, mientras las sombras
evaporaban los antiguos lacrimales.
Vasos, botellas, jarrones, flores de papel o tela,
enseres ya sin dueño, sin destino, sin función.
¿Qué pasará cuando se cierre el balcón,
cuando se apague la luz eléctrica
y, de nuevo, sobre ellos caiga la noche del principio?
¡Apiádate, Señor!, de estos objetos sin alma,
y de quienes quizás la tengamos. ¡Apiádate!,
pues mis cenizas quedan repartidas en sus cuencos.
Vasos, botellas, jarrones, tazas.
¡Apiádate, Señor!, en el sinsentido de nuestras vidas.
¡Apiádate, Señor!, de mi alma de polvo de mármol.

EN LAS CANTERAS DE LAPISLÁZULI

¡Oh vida arcillosa!

Quiero amasar barro y hacer adobes
para que tus pies puedan pisarlos.

Mezclaré azúcar, canela, jengibre, ámbar,
algalia y otras especias y perfumes.

¡Oh vida arcillosa!

Quiero ver la nieve cayendo sobre
tus cabellos y para eso plantaré
un bosque de almendros.

¡Oh vida arcillosa!

A quien tu corazón desea,
a ese entrégaselo; quien quiera
saber por qué, a ese reclámaselo.

¡Oh vida arcillosa!

Aquel que a sí mismo se ha perdido:
a ninguna parte preparado,
en mala piel envuelto.

Han llegado, han llegado
golondrinas. ¡Aprende del otoño
cómo se ahuyentan pájaros, cómo
se espantan horas lentas!

¡Oh vida arcillosa!

Los peces enseñan a los ahogados
el lenguaje de los anzuelos.

Hablo y me entiendes.

Me escuchas y no comprendo.

Lenguas confundidas de los espíritus
santos. ¡Silencio! Luego existimos.

Trop penser me font amours.

Ante el olor de los geranios capitulo.

¿Qué es un cuerpo de mujer?
Casi nada, un copo de nieve
que todo el tiempo de la mano
se me ha caído. ¿Qué es un duelo?
Un pañuelo blanco aún agitado.
¡Oh vida arcillosa!
Los versos son calles, cruces de caminos
donde nos buscamos. Los poemas
son mapas. Las palabras si no las esperamos
no llegan, no te reconocen.
¡Oh vida arcillosa!
Cada palabra toda carne,
hierba en su esplendor, flor de
hierba. Se secan las palabras, se
seca la carne, se seca la flor y cae
sobre el diamante entre los cuarzos.
¡Oh vida arcillosa!
Y la silueta de la luz del faro todavía
por mí aún no divisada,
indagando e ignorando, anhelando
lo más temido.
Cita, corte, tajada. En algún lugar
alguien ha cerrado la casa del padre
y ha arrojado la llave a los acantilados.
Camina hacia ti. ¿Quién eres tú?
¿Alguien camina hacia mí?
¡Vida corta para tanto sin saber!
Lisura. Lisura. ¡Lo peor: no
sufrir ya desengaño! Lisura.
Suave aquella noche de septiembre
bajo el metrosidero. Allí sigue
bebiendo vientos. Entonces, todo lo
conocía ya. Abrazarlo,
estrecharlo, acariciarlo, conversar.
A nuestras edades no se piensa,
solamente recordamos.
¡Oh vida arcillosa!
La helada deja caer, con pesar,

sus dientes de leche. Y todos los cuerpos
tiemblan. Canteras, ojos de lapislázuli,
donde tendré siempre asilo.
Y toda esta metafísica
que no es más que el miedo
a pensar en ti.
¡Oh vida arcillosa!
Todo el tiempo de la mano se me ha
caído. ¡Oh vida arcillosa!

QUISIERA VER ÁNGELES SOBRE ESTAS RUINAS

QUISIERA ver ángeles sobre estas ruinas.
¿Dónde estáis, compañeros del destierro?
Un ángel no puede correr aventuras
porque es incapaz de morir.
No se ama lo que no se conoce.
No se conoce sino lo que se ama.
El espíritu es más real que lo real,
y más fuerte que cualquier miedo a perder
la realidad, más fuerte incluso que la muerte.
También las piedras son flores y
tienen un aroma aún más penetrante.
Mármoles exiliados, huesos exiliados.
El exilio es una especie de largo insomnio.
Todo arrojado al *impasse* de la relatividad perpetua.
¡Insolentes alegrías! Quienes nada más esperan
hacer en la vida, se fusilan ante las viejas
escenografías con los largos garfios.
Odi profanum vulgus et arceo. Le robo
a Horacio su pensamiento. Comparto con él este paseo
por las esquirlas de su antigua ciudad. Entre el dolor
y la nada, entre la pena y la nada,
elijo el dolor, elijo la nada, elijo la pena.
Suenan campanas en medio del solar anegado
del Circo Máximo. La idea del absoluto
es todas las ideas. El que no vio nada lo vio todo.
El desierto, las dunas, los témpanos, los bajíos,
los espacios de una revelación pendiente de confirmar.
Desertificación, vaciamiento, asfixia.
El desierto crece. ¡Ay de aquel que esconde
espejismos en su interior!
Damnia entre la creación del mundo y su fin

Parusia, entre la creación del mundo y su fin.
Entre el fin y la resurrección el tiempo que resta.
¡Cuánto retraso! Un buen sueño. Solo un buen sueño
como el tenido hasta la fecha natal.
Y de la noche venidera esperamos todavía
lo que en vano prometieron.
¡Que los dioses se muestren compasivos
con nuestro abandono a la intemperie!
Todos somos Laocoonte: *vox faucibus haesit*.
Todos comidos por el tiempo invisible.
El pie desnudo de la santa tendido sobre un témpano
de hielo en medio del éxtasis inmenso.
Los pliegues del blanco mármol como un vómito de esperma.
Amar tanto, desear tanto, entregarse tanto,
sufrir para que el otro esté presente (sin cesar, a pesar suyo, de
herirme) y entristecerme por que esté muerto (tanto, al menos,
como lo amaba). Éxtasis, un arte de vivir por encima
de nuestras posibilidades. «Soy menos amada de lo que amo».
Todas estas ruinas incorruptas, todos estos huesos
desmondados por los gatos, son la acción del erotismo,
son el desnudamiento, la *mise à nu*. Las mujeres esperan
a que alguien llegue de lejos. Esperan en los andenes de las
estaciones. Pero nadie acude a desnudarlas. Eva, Perséfone;
manzanas, granadas. ¿Arder o durar en el frío travertino?
¿Arder o durar ante el espejo?
Sentimiento razonable: todo se arregla, pero nada dura.
Sentimiento amoroso: nada se arregla y, sin embargo, dura.
El tiempo viene de la nada, pasa por lo que carece de
espacio y se dirige hacia lo que ya no existe.
Esperar, esperar en la Estación Termini. El que espera ama,
ama la deriva, continuar en ella.
La imaginación es la provincia más extensa del placer
y del dolor. También la esperanza, una gran falsificadora
de la verdad.
¡Quisiera ver ángeles sobre estas ruinas!
Pinos, olivos de Atenea con hojas inmarcibles.
¿Qué hace el mundo con los deseos?
Me esperan allí donde no voy.

Me aman allí donde no estoy.
Me quieren porque estoy ausente.
Escrutar, explorar, desmontar la mecánica
para encontrar la física del amor.
Esa mañana en la niebla del río quedé inmóvil.
Temblor de los nombres en la superficie del cauce.
¿Qué quiere decir pensar en alguien?
Quiere decir: olvidarlo (sin olvido no hay vida posible)
y despertar a menudo de ese olvido.
¿Qué diferencia a un amante?
Que espera. Que espera en la isla Tiberina.
Aquel que no declina amoamasamat
se condena a la mudez, a la esclavitud. Tiene
la lengua cortada. No puede hablar sino por gestos.
Acceder al conocimiento del desconocimiento.
Mientras nos falta, el bien que deseamos nos parece
superior a los demás. Conseguido, suspiramos
por otro. La misma sed de vida nos mantiene
anhelantes. Camino de vuelta. Alguien saldrá al encuentro.
Nos reconoceremos si nos desconocemos.
Ángeles sobre las ruinas. Arcángeles. ¿Para qué hacen
falta? Hallaré cobijo donde me lleve la tormenta.
No temamos con tal de que temamos.

TIEMPO DE CEREZAS EN GUARDA

CAMPOS rojos de cerezas
insultantemente frescas
como las muchachas que exhiben
ya los primeros racimos en las mesas
de los mercados al aire libre.
Me invitan a probarlas con aquellas
miradas que debieron tener las antiguas
princesas portuguesas. «Muito me tarda
o meu amigo na Guarda».
Las arranco, las muerdo, y su roja sangre
se desliza por mis labios como la herida
que nos causa cada primavera perdida.
Solo un instante en la vista,
en los sentidos y, de nuevo,
volver a esperar el regreso del tiempo
de las cerezas, ¡tan corto!
Cerezas rojas. ¡Qué bellas estarán
coloreando las lápidas blancas
de mármol!

LA LOCOMOTORA BALDWIN^[*]

INSOMNIO. Basho. Denso humo.
La lista de los trenes y la de los pasajeros.
Esta larga cría, esta espera inesperada
que sobre la vía muerta
un grupo de mecánicos tratan de arreglar.
A su solicitud me entrego.
Busco carbones mal apagados,
entre ruinas de arqueología industrial.
Tu silueta como guía en medio
de escaleras derrumbadas, techos destejados,
pasamanos hacia el vacío. ¡Cuánta destrucción!
Insomnio. Basho. Denso humo.
Escrutar la antigua máquina de vapor,
fetichizar a un muerto.
Buscar las piezas, la causa científica
del deseo en el cuerpo adverso,
como chiquillos desmontando
relojes para encontrar el tiempo.
Armar, desarmar, herir
a la vieja locomotora para ponerla
de nuevo en marcha por estos oxidados
raíles ocultos entre las hierbas de la noche.
Sendas de Oku. Caminos estrechos
hacia nuestro interior. ¡Quién pudiera
recorrerlos junto a tu plenitud!
Isla de Matsushima, monte Fuji, cerezos
en flor de Yanaka, desembarcaderos de Senju,
ermita de Buccho, río
Abukuma, posada de Fukishima, pino
de Takekuma, puente de Odae.
: Todo lo cantado en los antiguos haikus

¿Todo lo cantado en los antiguos haikus
se habrá conservado para que aún
los puedas fotografiar?
Los libros de viaje crean la ilusión de algo inexistente,
pero que quisiéramos que todavía existiera.
Nieves, lluvias, vientos. ¿A cuál de ellos debo
escuchar cuando todos, con gran estruendo,
llegan hasta la almohada? El universo entero
atravesaría esta locomotora de hierro
inservible, si estos ingenieros, en vez de utilizar
su torpe ciencia, supieran que lo único que la moverá
hacia su no lugar es el temblor,
el temblor del amor,
la única fuerza motriz inagotable.
Insomnio. Basho. Denso humo.

REGRESAR A MI CIUDAD

REGRESO, regreso, paso a paso, a mi ciudad que conozco
hasta donde nacen las lágrimas en los afluentes de los ríos secos,
hasta las venas, hasta las inflamadas amígdalas de cuando niño
y el médico me las sajó y luego las pinchó mientras salía
el pus como de una fuente.

Reconoce pronto tu primer día septembrino
y llora y llora hasta inflamar las glándulas.
Desde entonces ¿cuántos campos de maíz
dobladados por el tiempo?

Mezcla azúcar y brea, mezcla sal y brea.
Calafatea tu corazón como cuando, en tu juventud,
camino de la playa de San Amaro, veías
construir los botes en los astilleros de ribera.

Sobre las blancas dunas lloverán mis lágrimas
esta noche, lágrimas como palomas de cristal.

Regreso, regreso y el viento cuelga
mi cabello sobre un enebro dorado.

Regreso, regreso y el faro me da a beber
su aceite como el ricino
de los muchos días malogrados.

Coruña, tú tienes todos mis números de teléfono.

Tú tienes todas mis frecuencias de radio.

Tú tienes todos mis correos electrónicos.

Yo aún dispongo de las direcciones
de las casas, pero las calles han cambiado de nombre.

Yo aún tengo los números de teléfono
para escuchar en los contestadores
las voces de los muertos.

Mis muertos indicándome que los deje en paz.

Regreso, regreso a mi ciudad donde ya nadie me espera.

~~Las casas derrumbadas Las casas habitadas~~

Las casas derrumbadas. Las casas habitadas
por otros que no me conocen.
Donde era vecino ahora soy extranjero.
Un rayo cae sobre la Torre de Hércules
y le saltan los goznes
y la fachada prende como un petrolero incendiado.
Vivo escondido en tu escalera de caracol,
y en la sien me golpean las sirenas perdidas en la niebla.
Y toda la noche, sin descanso, espero la visita anhelada.
La de mi padre, que no encaneció.
La de mi madre, que viene a consolarme
como nadie jamás volverá a hacerlo.
¡Oh vellocino reflejado en el agua!
Mi estandarte en el pináculo del faro.
Y los teléfonos descolgados.
Y el azul es el color de la ciudad.
Y el azul, el propio azul añil de la ciudad,
es como el de los cuadros de Patinir.

EN EL VAGÓN DE BIRKENAU

AL fin me encontré contigo
después de tantas vidas
en medio de los raíles cruzados.
¿Cuánto tiempo pasó
desde que estuviste aquí
viva una mañana?
Forma gemela creada
tan solo de ausencia.
No conozco más que fragmentos
suelos de ti.
Destellos de pájaros en los abedules.
Restos en las ventanillas de los trenes.
¿Quién eras?
¿Hacia dónde te dirigías?
Busqué en el vagón vacío
y ya nadie estaba allí dentro.
Y las zarzas me impidieron salir.

EN EL AVERNO

¿CUÁLES eran más blancas,
tus cenizas o las mías,
sobre el Averno de Birkenau?

CEMENTERIO JUDÍO DE VARSOVIA

MI lápida sobre
la tuya. Y en medio
el abedul que nos sostiene.

UN PUENTE SOBRE EL VÍSTULA

Tú en la orilla de Cracovia.
Yo en la orilla de Varsovia.
¿Por dónde atravesar el río
desbordado?

... Y UN EMBARCADERO ABANDONADO

EL verdadero amor vive en la ausencia.
En el zureo de la paloma hay solaz para él.
Gemidos de castidad.
Quien está privado de ver a la desconocida
se consuela con las huellas
en los aeropuertos sin levantar,
en los puertos sepultados,
en las estaciones termini.
El verdadero amor.
La inexistencia.
Gemidos.
¡Qué poder el del amor
sino el del perdón
sin merecimiento!
Varado en este embarcadero abandonado,
el verdadero amor vive en la ausencia.

POR LA CALLE BOGUSLAWSKIEGO

EL hilo de Ariadna cómo lo derramabas
corriendo por la calle Boguslawskiego.
¡Qué placer en el simple hecho de desenrollar un ovillo!
Corríamos tras de él, tras de ti temiendo su finitud.
El hilo, breve luz de luciérnaga, a seguir tras tus pasos.
Ariadna, Eurídice, Antígona, Helena, todas ellas
en ti y aún más por estar viva y aún poder cambiar
la historia, la mitología, la vida que ofrecías
a cuanto contemplabas.
El hilo de Ariadna cómo lo estirabas
corriendo por la calle Boguslawskiego
hacia la casa del viejo poeta que hacía poco
se había ausentado.
Y el sol brillaba, no teniendo otra alternativa,
para iluminar tu camino sobre lo nada nuevo
que, sin embargo, se renovaba bajo tu sombra.
Y la calle Boguslawskiego como un ancho mar.
Y las fachadas como viejos mascarones de proa
desconchados. Y nuestra meta era un bajío
donde encallar las quillas que se perseguían
con tu ventaja. Necesitábamos hacernos sufrir.
Necesitábamos herirnos, tener otro dolor más fuerte
y así componer una música de graves y agudos,
de bruscos silencios.
¡Qué más poetas que los enfermos!
¡Qué más poetas que los amantes!
¡Qué alarde de metáforas para descubrir los síntomas!
El hilo de Ariadna cómo lo alargabas
corriendo por la calle Boguslawskiego.
«Si piensas quedarte ven a mis brazos que están abiertos.
De no ser así ¡aléjate! Haré lo mismo porque si tienes fuerzas
para decir adiós, fuerzas no tengo para retenerte».

Ariadna, Eurídice, Antígona, Helena, Dido,
todas ellas en ti. Y el hilo tenso que no se cortaba. Y el oído
que no quería ver la verdad ciega.
Y los ojos que no querían escuchar la verdad sorda.
El portal del poeta, ¡qué ancho!, con su patio interior,
su fuente, sus enredaderas. Las escaleras de madera, ¡qué
amplias!, ¡qué altas! El piso, ¡qué celda!, ¡qué oratorio!
Y las fotos de su primera mujer, Janina;
la engañó con otras, siéndole fiel solo a ella;
y el busto de la última
(ambas más jóvenes y más prematuras en la ausencia).
Y luego el poema de Orfeo y Eurídice en mis manos,
y en tu boca algunos versos paliativos que me susurraste.
Cuanto más cerca contemplaba estas palabras repletas de
consonantes
más parecían estar observándonos de lejos.
¡Cómo saben las cosas resistir las miradas!
Quise mantener la tuya y no pude
pues no deseabas a tu poeta en la casa del viejo.
No sentías la pasión de la misma manera.
No sentías el dolor de la misma manera.
Ni los celos, ni la escasa dicha, ni el miedo a la muerte o al
propio miedo tan solo. Y el viejo poeta ausente
para convencerte con mejores versos.
Aquí en este sofá estuvo sentado. Aquí escribió sobre esta mesa
a mano y en su vetusto ordenador.
Aquí acarició la mano de Carol donde yo quise acariciar la tuya.
En un búcaro sobre una cómoda
resplandecían las espinas de varias rosas recién cortadas.
Las apreté adrede para hacerme sangre, pero tú no la lamiste.
El hilo de Ariadna cómo lo derramabas
corriendo por la calle Boguslawskiego.
¡Qué placer en el simple hecho de desenrollar un ovillo!
Nos despedimos de la casa a deshora y te seguimos
hasta el Monasterio de los Paulinos de la Roca.
Y el hilo aún deshilachado nos guio hasta la cripta
donde el viejo poeta susurraba «Bene quiescas».
Y entonces me di cuenta de que debía seguir corriendo
tras de él, tras de ti, no había fin alguno
en nuestras búsquedas, nuestro fin estaba más allá.

Creo que los secretos deben llevarse a la tumba.
Creo en el derecho de llevarse al menos un secreto a la tumba.
Las tumbas no guardan más secretos que los del amor.

En la calle Boguslawskiego de Cracovia residió, sus últimos años, Czesław Miłosz.

CRACOVIA BAJO LA NIEVE

EL deseo es frío y sólido carámbano.
El deseo mal efímero.
El deseo repetición.
El deseo derriba el tiempo.
El deseo es sostener hielo entre las manos.
Para salvar el hielo, debemos congelar el deseo.
El amante quiere que el hielo sea hielo,
y aún así no se derrita en sus manos.
El lector quiere que el conocimiento
sea conocimiento,
y aún así permanezca fijo en una página
escrita sobre el blanco.
El deseo es frío y sólido carámbano.
Siempre todavía por venir,
siempre ya pasado.
El deseo es sostener hielo entre las manos.

CALLE SIENNA NÚMERO SIETE QUINTO PISO

LAS torres de los dominicos.
Las tres torres de la catedral:
la torre de las campanas de plata,
la torre de Segismundo,
la torre del reloj.
Los badajos tan necesarios haciéndolas sonar.
La hierba fresca del pequeño patio interior.
La casa vecina con un largo balcón de madera.
Calle Sienna número siete quinto piso
sin ascensor, subiendo fumando.
Dejó la luz encendida y una nota advirtiendo
de que volvería pronto. Las ventanas abiertas
y cerradas como las maletas
contemplándolo como dóciles perros,
siempre dispuestas y ahora tristemente apiladas.
Una cama muy humilde, una larga mesa
de comedor y escritorio a la vez, cuatro armarios,
una cómoda, una archivadora, una mesilla
para apoyar los libros mientras leía echado
y el cigarrillo se extinguía entre sus dedos amarillos.
Sillas, caballetes, una máquina de escribir,
su agenda con las citas indefinidamente
aplazadas. Sobre la desconchada pared
colgado un cuadro pintado por su mano:
una chimenea y estas palabras en francés:
Ma maison. Casete para la música, radio
para escuchar las noticias que no escuchaba,
un diccionario de polaco-francés. Kundera,
Genet. En el colgador, tras la puerta de entrada,
una gorra, un sombrero dispuesto, un abrigo
negro o quizás gris y un pequeño
paraguas. Todas sus pertenencias a los setenta

y cinco años, en menos de cuarenta metros.
¡Ah! Y muchos lápices para espantar la soledad,
y un amor crepuscular como tantos quisieran
para ahuyentar a la muerte que subía y bajaba
con él todos los días las escaleras empinadas
de esta casa antigua de la vieja ciudad de Cracovia.

El lugar donde vivió Tadeusz Kantor en Cracovia los últimos años de su vida.

MUSEO CZARTORYSKI (CRACOVIA)

EN el lugar del secreto
ahí está la pasión
en el lugar del secreto
todo está dicho
y el resto no es nada
nada más que resto
en el lugar del secreto
todo está a distancia
todo está fuera del alcance
no corresponde a la verdad
dada a la verdad prometida
a la verdad inaccesible
en el lugar del secreto
su derecho
al sacrificio a la no
respuesta diferida
a ser el otro
a ser uno mismo
a dejar de serlo
en el lugar del secreto
en el lugar de aquel
que ponemos
delante y detrás
de quien disimula
su secreto
nuestro secreto
el secreto al que se tiene
derecho por el simple
hecho de existir
y que haya derecho

a no andarse
con rodeos
por los caminos secretos
el secreto es lo que es
en la palabra
ajeno impasible invariable
fuera del alcance
en el lugar del secreto
ahí está la pasión
no hay pasión sin secreto
confiscarlo congelarlo
vida dada vida recibida
transcripción inscripción
ahí está la pasión
en el lugar del secreto
todo está dicho
y el resto no es nada
nada más que resto.

VIEJA ÁNFORA CON EL CUELLO ROTO

LA cabeza se vuelve hacia un lado:
¡El nuevo amor!
La cabeza se vuelve hacia otro lado:
¡El nuevo amor!
¿Con cuál quedarse?
Con el de Cracovia o con
el de París.
Nadie, él o ella,
deben encontrarse
con su doble.
Eso que te da temor
lo haré por nada.
No porque tenga que
hacerlo, sino por el amor
que siento.
Nadie más que yo mismo
puede dañarme.
¡Qué camino más raro
he debido seguir
para llegar a la plaza de Cracovia
o a las mojadas calles de París!
El peligro golpea
cuando todo parece seguro.
Ella con esa mirada que engaña
al pecado.
El amor no es más que una burda
exageración de la diferencia
entre una persona y las demás.
El amor es antidemocrático.
La gran ola con el azul
de Prusia nos viene a buscar.
Quizás llegó la hora

de descender sobre uno mismo.
Y este Vístula y este Sena
con sus corrientes impetuosas
sólo comparables a las
pasiones.
La cabeza se vuelve hacia un lado:
¡El nuevo amor!
La cabeza se vuelve hacia otro lado:
¡El nuevo amor!
¿Cómo ser viejo con corazón
tan nuevo?
Pocas cosas para ser feliz:
verte en Cracovia o en París.
Solo una doble felicidad.
Solo una doble inquietud.
Ambas en cualquier ciudad.
Quaeris, cur ueniam tibi tardior.
¿Me preguntas por qué he llegado
a ti tan tarde?
En Cracovia, en París.
La cabeza se vuelve
ánfora con el cuello roto.
Y el amor que ya no cuadra
a destiempo.
Y sin embargo como siempre
llueve dentro de la alta fantasía.
Vendrás hoy.
Descansaremos juntos.
El amor nos preparará hospedaje
en Cracovia en París.
La cabeza hacia un lado.
La cabeza hacia el otro.
Y la gran ola con el azul
de Prusia nos viene a buscar
en el amor de Dios.

Cuando Kieslowski me presentó a Verónica (Irène Jacob) en Cracovia y
luego coincidimos en París.

TORTUGAS DE ATOCHA

QUAE est ista quae progreditur.

Quién es esta que avanza
por la escalera mecánica
del antiguo andén de la estación
después de haber contemplado
en la charca del invernadero
las tortugas dormidas
a primera hora de la mañana.

Quién es esta que avanza,
quién es esta que sube del desierto
más bella en lo escondido y cuando ha entrado
y cuando se ha parado y cuando se ha encaramado
aún en la oscuridad del fin del viaje
toda la luz parece haber entrado en ella.

Quién es esta a la que aguardo al otro lado
de la avenida, en la otra orilla de un vado seco.
Alargo el paso, trato de cruzar incluso lo prohibido
pero vuelvo. Cuanto más avanzo más atraso el pensamiento.
Descamino, espero con pie incierto, me adelantan
quienes atrás me veían inalcanzable, y yo espero
a que salga, a que aparezca de entre las dunas
de sombra creadas por la torre del reloj.
Bella dama sin piedad, sin tiempo, sin espacio.

¿De qué país procedéis?

¿Puede esperar en el andén?

¿Puede esperar en las entradas y salidas?

Solo ella sabe los horarios porque siempre
retrasa las citas.

Al otro lado de la avenida, bajo la lluvia,
bajo la nieve, bajo un sol de justicia

a pie firme como un árbol viejo
que crece en roca fría,
espero, espero. Si no esperáramos
siempre a alguien estaríamos más tranquilos
pero ya, definitivamente, muertos.
No hay esperanza sin temor
ni temor sin esperanza.
Quae est ista quae progreditur.
Quién es esta que avanza
en medio de un bosque lácteo.
Y cuando llegue
¿habrá azul o verde en sus ojos, verde o azul en el cielo?
¿Será así el color del agua del Narew?
¿Quién es esta que avanza cruzando puentes,
cruzando andenes, cruzando pistas, cruzando puertos?
Todo puente carga con nuestros pecados.
Y ella subiendo por la escalera sin fin.
Y yo esperando al otro lado de la avenida.
No existe cita más deseada.
Quae est ista quae progreditur.
Quién es esta que avanza
con bellos ojos. ¿Me reconocerán?
Ame mañana quien no haya amado nunca. Y
quien ya amó, ame mañana.
Quién es esta que avanza
por la escalera mecánica
del antiguo andén de la estación
con ojos tan fríos como cenizas apagadas.
Quién es esta a la que espero al otro lado
en desespero y vienen los simulacros a cercarme
y en los oídos anda el dulce nombre.
¿En el Hades quién te amará?
Quae est ista quae progreditur.
Quién es esta que avanza
por la escalera mecánica con pies huidizos.
Quién es esta a la que espero al otro lado
de la avenida. Y pasa.
¿Entonces todo ha terminado?

¡Qué amargo suena el desdén!

POR LAS ESTEPAS DE LA VIDA

POR las estepas de la vida vamos errantes,
perdidos por los caminos del polen.
Y las nubes, como alas de ángeles,
nos llevan errantes hasta un lugar
de resplandor sagrado.
Un dios va delante de mi andar errante.
Una diosa va detrás de tu andar errante.
Por las estepas de la vida vamos errantes,
perdidos por los caminos del polen.
Y el inclemente invierno no hace mella en nosotros,
si cabalgamos juntos por los caminos del polen.
Por las estepas de la vida vamos errantes.
Las nieves, los vientos gélidos
y el desierto avanzan a la carga
para detener nuestro caminar errante.
Mi pecho herido al descubierto, tus ojos cribando
las rojizas arenas que cubren el cuarzo.
Dunas de El Gobi, lenguas de glaciares
sitiando los frágiles gers donde nos refugiamos.
Por las estepas de la vida vamos errantes.
A mi izquierda leopardos de las nieves.
A tu derecha linceos boreales.
A grupos de vientos encontrados vamos.
Un poeta es un guía, con sus palabras abre el
camino a casa, el camino hacia ti.
Por las estepas de la vida vamos errantes.
Y los aires favorables para los marineros,
no lo son para los enamorados de tierra adentro.
Tormentas agitando los pastos en el valle del río Hovd,
donde pacen camellos bactrianos.
Y las crines fuertes para saltar las estelas de los ciervos.
Y las crines fuertes para saltar montículos de piedras

acumuladas junto a cráneos de caballos.
Banderas de sedas azules rasgadas ondeando.
Por las estepas de la vida vamos errantes.
Y el sudor de las propias bestias
unge nuestros descarnados rostros.
Por las estepas de la vida vamos errantes,
perdidos por los caminos del polen.
Y si hay que amar ¡amemos!
El amor no hace sufrir sino el instinto
de propiedad contrario al mismo.
Y si hay que morir ¡muramos!
Y si la nada nos aguarda, no la hagamos esperar.
Por eso no seas más ingrata que ella.
Por las estepas de la vida vamos errantes,
perdidos por los caminos del polen.
Y las nubes, como alas de ángeles,
nos llevan errantes hasta un lugar
de resplandor sagrado.
Un dios va delante de mi andar errante.
Una diosa va detrás de tu andar errante.
Por las estepas de la vida.
Por los caminos del polen.
En los grávidos lechos de los deshielos
cabalgemos contra el tiempo.
Por las estepas del amor vamos errantes.

«En la casa de la vida voy errante / Por el camino del polen». Canto
sagrado navajo.

TRES DÓLMENES

Pedra Vixía, Pedra da Arca y Dombate están en la provincia de Coruña.

PEDRA VIXÍA

EN medio de campos de maíz transgénico,
cerca de una torre de alta tensión rodeada de pinos,
el dolmen martirizado por la acción del hombre.
No por la lluvia, los rayos o el viento del noroeste,
sino por el arado, las mulas, los bueyes y el barreno.
Las losas verticales movidas y de la tapa solo se conservan
dos fragmentos. Cuento en total siete piedras
que formarían parte de la cámara poligonal.
Toco el hueco que le hicieron para poner un cartucho
y la hiedra que lo rodea es como amargo vello de pubis.
En el solsticio de invierno, a la salida del sol,
la luz entraba por el corredor donde ahora
están las huellas de las ruedas del tractor.
Es pleno agosto, atardecer anochecido, luna llena.
Sobre lo que quedó para no ser lareira, hórreo,
muro, mesa o ara de crucero,
caen las lágrimas de San Lorenzo.
No ames ninguna piedra, incluso las piedras
fácilmente desaparecen.
No ames ninguna piedra, incluso las piedras
de seis mil años fácilmente caen en ruinas.
No muestres afecto a la gente, la gente
fácilmente desaparece.
No ames ningún país, los países
fácilmente desaparecen.
No ames las ciudades —aquí hubo castros—,
fácilmente desaparecen.
No te ames ni siquiera a ti mismo a pesar de que,
en el otoño de nueces, uno se haga vanidoso.
¡Alma mía, te has pasado todo el verano danzando!

PEDRA DA ARCA

QUÉ quieto está este dolmen
sobre el campo de patatas de mi infancia
que hoy vuelvo a contemplar
cubierto de matorrales silvestres.
Cuando me columpiaba con sus lajas
era tan joven
que no pensaba que aquella casa hubiera sido una tumba.
Con dificultad me abro paso entre los tojos.
Retiro un poco de tierra y me cobijo un tiempo.
Luego me echo sobre la cubierta
ocupando el hueco antropomorfo
y me quedo dormido en esta siesta de verano.
Plácida la piedra fría en la tarde cálida.
Tantas generaciones aquí se amaron,
tantos cuerpos aquí se abatieron.
Qué quieto está este dolmen
resistiendo a la intemperie.
Me gustaría grabar mi nombre
en su página desnuda.
Pero mis uñas sangran.
Suspiro, lloro. Él siempre estará callado,
ensimismado en el laberinto de su enigma.
Cuando desperté ya era de noche.
Vi pasar una estrella fugaz. Cerré de nuevo los ojos.
Pedí un deseo, no se cumplió.
Aprendo a resignarme
como otros antes que yo.
Como la vida en la vida y el ser en la nada.
Pase lo que pase, el pasar no pasa.
Qué quieto está este dolmen.

¡QUÉ MÁS AMOR QUE APLAZAR EL DESEO!

MIENTRAS paseo por la alta plaza de Ravello a pleno sol,
tú en Dombate cosechas las últimas patatas y arrancas
con tus suaves manos las mazorcas de maíz
que no volverán a crecer.
Luego, cuando el pequeño campo quede todo despejado
para que entren los arqueólogos con sus palas,
tú los ayudarás a excavar bajo la hierba de Dombate.
Mientras paseo por la alta plaza de Ravello a pleno sol,
más solo que en agosto no puede ser,
llueve copiosamente sobre las lajas que te protegen
—la piedra que sirve de cubierta a la cámara
fue trabajada hasta conferirle una forma antropomorfa
muy esquemática—
y tus botas de agua se sumergen en el barro
quitando ya los primeros terrones del yacimiento.
Muchos aún han de quedar y muchos otros días
para rescatar este olvido de seis mil años.
Mientras las buganvillas y los grandes limones amarillos
se desprenden entre las rocas de los acantilados de Ravello,
tus manos lentamente, en Dombate, van arrancando
líquenes, hongos, helechos, musgos,
tus manos van recuperando este otro farallón
que alguien trajo del mar cercano y lo instaló allí.
Mientras subo las escalinatas, escucho el eco de mis pasos
en las callejuelas en cuesta. Mientras contemplo Villa Rufolo y
las grutas marinas, islotes, calas pedregosas de Ravello
donde me gustaría nadar contigo,
tú continúas buscando los grabados y pinturas
en el interior del sepulcro megalítico.
Aquellas huellas que manos como las nuestras

dejaron en otro tiempo.
Mientras duermo en Ravello protegido por el
belvedere de Villa Cimbrone,
bajo la rosada imprecisión de las colinas,
en esta terraza del infinito
cada vez más cerca del cielo y la luz más pura,
tú descubres los túmulos, pavimentos de caolín blanco,
fragmentos de cotiledón de bellota, nabos y berzas.
Tú descubres el rastro de varias antiguas hogueras.
«Una llama seca es la más sabia y mejor alma»,
escribió Heráclito. Tú descubres la coraza pétrea.
Y mientras mi espíritu se asoma sobre este contrafuerte
rocoso a caballo entre el Valle del Dragón y el de Regina,
donde es más difícil el cultivo y maduran las uvas,
el vino ligero, puro y sabroso de tenue color
que hay que consumir joven,
tú no cejas en hacer zanjas y drenajes para evitar
escorrentías. Y llueve y llueve sobre las piedras
que, luego, serán cubiertas por una cúpula de madera
para que surja un templo en Dombate,
y tú y yo bajo él nos encontremos dando vueltas
como dos extranjeros.
Azul intenso en Ravello, cielo oscuro en Dombate.
El bradisismo es la lenta oscilación del suelo.
Y tú cavas y cavas, y las piedras van creciendo
en su tamaño y las lajas anchean,
y los idolillos antropomorfos surgen de las
antiguas parcelas agrícolas cultivadas intensivamente.
Pinos y eucaliptos, matorrales, cuentas de azabache,
láminas de sílex, punta de flecha, buriles.
Mientras subo las escalinatas de la catedral de Ravello,
empujo las puertas de bronce y me siento
en uno de los leones que sostienen las columnas
del púlpito magnífico, tú ya has alcanzado
la base del dolmen. Y te escribo en el papel
que aún se hace a mano en la cercana Amalfi
y huele a flores de pita y a las copas frondosas
de los algarrobos. Y tú me envías los calcos

en papel de silicona absorbente empapado
en alcohol etílico.
Mientras en Ravello corto higos chumbos maduros,
rojos y anaranjados, tú plantas nueve camelios
bien regados por la lluvia tenaz del verano.
Mientras estoy en Ravello y desciendo a Amalfi,
te imagino peinando esas piedras como crines.
En ellas están las enigmáticas palabras de nuestra fortuna,
las cuales nadie podrá cambiar.
Mientras camino por Ravello o Amalfi estoy libre de mi
destino que tú lograste excavar.
Mientras estoy en Ravello, en el museo de la catedral,
frente al busto en mármol de Sigelgaita Rufolo
que me sonríe como tú lo harías,
estoy libre de mi destino que tú
has excavado fervientemente.
Mientras estoy en Ravello o Amalfi
entre púlpitos, jardines colgantes, torres de
avistamiento cercadas por la más clara luz,
estoy libre de mi destino.
Mientras estoy en Ravello bajando por la calle
de las adelfas, tú en Dombate has levantado
la gran casa de madera y el dolmen se ilumina,
levita alzado por el amplio tragaluz.
Piedra a piedra, has reunido los restos
de las ruinas de otras obras, y me esperas paciente
como quien repara redes, y me esperas
para mostrármelo aunque llegue tarde,
me retrase a propósito, pierda los enlaces.
Tú me esperas junto a los bloques,
contemplando la carretera de asfalto
que invade un campo donde creció la hierba
durante siglos. Y ya está preparado
el festín de los esquiladores.
Campos en barbecho, no sembrar
entre espinos antes de que los prados
frescos aparezcan bajo los párpados
abiertos de la mañana.

Puedo estar aquí y no quiero,
quiero estar allí y no puedo.
¡Desdichado soy en uno y otro lugar!
Y tú me esperas junto al dolmen,
y yo te espero en Ravello.
¡Qué más amor que aplazar el deseo!

Y UN ÁNGEL BLANCO

EL ÁNGEL BLANCO DE MILEŠEVA

Y si me despertara y allí estuviera
este ángel para responderme
y no me respondiera más que volviéndome
a señalar con su brazo izquierdo extendido
la tumba todavía vacía.

Y si me despertara y allí estuviera este ángel
para reprenderme con el resplandor
de su vestimenta blanca
y la sábana aún más blanca conservando
las dobleces en espiral.

Y si me despertara y allí estuviera
este ángel con las alas tendidas
sobre el humo del corazón
y el hígado del pez y ya no
hubiera tormentos.

Y si me despertara y allí estuviera
este ángel blanco que a sí mismo
se ha sobrevivido en el fresco
alto y lateral de la iglesia ortodoxa
del monasterio de Mileševa,
y me untara la hiel en los ojos
y me soplara sobre las manchas blancas.

Y si me despertara y allí estuviera
este ángel tan prolongado
como el resucitado

y me reprendiera con su silencio
que solo la flor del intelecto puede asir.

Y si me despertara y allí estuviera
este ángel tan serio, tan firme, tan convencido,
con su manto inmaculado, testimonio
del misterio en cuanto que misterio

del misterio en cuanto que misterio
que no ayuda a descifrar.
Y si me despertara y allí estuviera sentado
este ángel sobre la piedra pulida,
materia inmóvil de la más larga quietud,
revestida por un veteado mosaico,
con los pies descalzos colgando o cubiertos
de ligeras sandalias, y el devenir nos
presentase entre rizomas. Un algo que
compartimos en común, remoto o cercano,
que se encuentra entre el exilio y la vida nómada.
El ángel fijo, estático,
invariable, inmovible.
¡Quién sabe lo que puede ocupar un cuerpo!
Y si me despertara y allí estuviera sentado
este ángel con un ala más extendida
que la otra y, ambas,
indicando sentidos contrarios.
Y si ya no te sostuvieran, y si
ya no pudieras volar, y si de
aquí ya no te pudieras mover
más que en la contemplación.
¿Alguien se olvidó de ti?
Y si me despertara y allí estuviera
este ángel blanco blandiendo su vara
delgada y firme entre los dedos apretados.
Pues no siempre amanecemos
en un despliegue de alas de lo imposible,
con un grito del lugar que solo es un sueño.
Y si me despertara y allí estuviera
este ángel blanco para responderme,
y comprobara que no hay enemigos
bajo sus pies, ni tan siquiera
aquel último que el de Tarso
prometió a los corintios: la muerte.
Y si me despertara y allí estuviera
este ángel para reprenderme de mis
insinuaciones y me invitara a

sentarme junto a él en la roca
pulida con la cual sellaron la tumba,
y el tiempo pasara y pasara en un
instante para volver a levantarme
y allí estuviera de nuevo de blanco.
Y si me despertara y el sudario y el ángel
blanco y yo mismo allí siguiéramos
esperando sin esperar el error
del artista que pintó la impostura
como una actividad legítima
de la ficción.
Y si me despertara de nuevo,
y si no dejara de despertarme
y no tuviera otro lugar que avalara
mi existencia,
y si no me encontrara a este ángel blanco
cuyas propias dudas emblanquecen
su toga. ¿Adónde me dirigiría?
¡Como un abrazo tendido es su llamada!
¡Como un abrazo tendido es mi llamada!
A mí solo me basta saber que si algún
día despierto, allí estará este ángel
blanco para reprenderme,
para escucharme, para contemplarlo
en la tediosa eternidad liberada del ser.
Y si me despertara y allí
no colgaran más que ramas
de sauce reverberantes, en medio de un
campo de cerezos en flor adornados
de nieve. Y si me despertara
y allí no estuviera este ángel blanco,
buscaría al artista anónimo para
que, de nuevo, lo pintase sobre el
muro desnudo. Y así, al levantarme,
una, otra y otra vez,
encontrármelo ya sin preguntas
ni respuestas, pues no tienen palabras:
el pintor, la obra, el caminante,

y ni siquiera las guirnaldas
de azahar tan blancas como este
ángel blanco.



CÉSAR ANTONIO MOLINA (A Coruña, 1952) es licenciado en Derecho y doctor en Ciencias de la Información. Fue profesor de Teoría y Crítica literaria en la Universidad Complutense y en la actualidad lo es de Humanidades, Comunicación y Documentación en la Universidad Carlos III de Madrid. Dirigió el suplemento literario Culturas, de Diario 16, e instituciones como el Círculo de Bellas Artes de Madrid y el Instituto Cervantes. Fue Ministro de Cultura. Poeta reconocido y antologado, excelente crítico y ensayista, tiene una copiosa obra publicada que supera la treintena de títulos.

Notas

[1] Aparece, entre otras muchas películas, en *Dr. Zhivago*. <<